

María Blázquez

BAJO EL SILENCIO



Ediciones
Alféizar

BAJO EL SILENCIO

María Blázquez



Ediciones
Alféizar

© 2019
Editado por Ediciones Alféizar
C/ Joan Carles I - 41
46715 - Alquería de la Condesa - Valencia - España
Autor portada: Enrico Pitton
Email: info@edicionesalfeizar.com
Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

A mi madre, que lo es.

*Tener hijos no lo convierte a uno en padre,
del mismo modo en que tener un piano
no lo vuelve a uno pianista.*

(Michael Levine)

Indice

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)
[32](#)
[33](#)
[34](#)
[35](#)
[36](#)
[37](#)
[38](#)
[39](#)
[40](#)
[41](#)
[42](#)
[43](#)
[44](#)

Hacía más de veinticuatro años que no entraba en esa casa, los mismos que habían pasado desde la última vez que estuve en Santa Sierra, un pueblo perdido con apenas doscientos habitantes, que desfilaron por la casona durante la tarde y hasta altas horas de la noche.

El féretro estaba situado en la primera habitación del pasillo. Era necesario cruzar la cocina para llegar hasta él. Los pies de mi madre daban hacia la puerta, su cabeza quedaba justo debajo del gran retrato de familia en blanco y negro, amarillento por el paso de los años. En el centro de la fotografía aparecían sentados mi padre y mi madre, detrás de ellos, de izquierda a derecha, posábamos mi hermano Valentín, mi hermana Regina y yo. Había dispuesto dos hileras de sillas colocadas a ambos lados del féretro; cuatro y cuatro. Aun así, la gente se apiñaba en el pasillo, formaba grupitos de los que solo me llegaban los cuchicheos. Ocho sillas vacías.

Mi padre había fallecido nueve años atrás, pero ni me planteé acudir al entierro. No sé si hice bien o mal. Actué como me dictó el corazón. Sí sé que no debo pensar en eso ahora, no serviría de nada. En el pasado no se puede intervenir, por eso resulta tan demoledor.

Cuando me reencontré con Evarista por la mañana nos fundimos en un abrazo hermético, nuestro cariño seguía intacto. Fue como una madre durante mi vida en el pueblo. Quedó viuda muy joven, sin hijos, y se consagró a nosotros. A todos. Evarista era la mejor amiga de mi madre, su confidente incondicional. Ya tenía mucha edad, pero aún conservaba su energía, su determinación. Para mí fue una alegría comprobar que se encontraba tan bien. Nos sentamos en la mesa de madera de la cocina, aquella mesa de siempre donde comíamos los cinco, donde las miradas furtivas volaban igual que las perdices al escuchar el disparo de un cazador.

—¿Cómo has tardado tantos años en regresar, hija? —me preguntó Evarista— Te he añorado, aunque hayamos hablado por teléfono.

—Yo también te he echado de menos, pero ya sabes cuál fue la gota que colmó el vaso. Todavía no entiendo qué pinto en todo esto. Eso sí, ya era hora de que tú y yo nos viéramos de nuevo —sonreí.

—Gracias a Dios, Olaya, a pesar de que sea en estas circunstancias.

—No quiero hablar del pasado. Esto ya es suficiente, Evarista, ¿me

comprendes?

—Sí, hija, sí —Evarista me acarició la cabeza—. Si pudiera mitigar un poco de lo que llevas sufrido...

—Lo has hecho. Siempre has colmado la falta de cariño de mi madre. Dulcificaste mi dolor ante la indiferencia de mi padre. Estuviste ahí, mi eterna Evarista. Siempre tú —la besé en la frente, nos abrazamos de nuevo, emocionadas.

—¿Cómo están Alberto y Héctor? —me preguntó.

—Pues Alberto no está. Hace seis años que nos divorciamos.

—¡Lo siento, Olaya, cariño! ¿Cómo no me lo has contado?

—Porque no quería entristecerte. Son cosas que pasan, cada vez más. No te preocupes, mantenemos una buena relación.

—Bueno... Mientras tú estés bien... Pues cuéntame cómo está Héctor, qué tal le va.

—Pues Héctor está hecho un hombre. Estudia Bellas Artes en Madrid, tiene claro que terminará marchando a París. Y así anda, intentando abrirse camino. Marguerite y Paul son un gran apoyo para él, sabe que puede contar con ellos. Algún día le arrastraré hasta aquí y le conocerás de verdad.

Evarista sonrió. Nos pusimos manos a la obra. Los asistentes al velatorio comenzarían a llegar enseguida.

La gente comenzó a acudir a la casa a partir de las ocho de la tarde. Fue un goteo lento y constante que se me hizo eterno. Evarista había traído rosquillas, anís dulce para las mujeres y aguardiente para los hombres. Era lo que se solía hacer en el pueblo en los velatorios. A mí no me resultaba familiar casi nadie, solo la gente muy mayor, a la que situaba en algún momento de mi niñez. Era una extraña en mi propia casa. Cada persona que entraba me miraba de arriba a abajo, me daba el pésame y acto seguido iba a dárselo a Evarista, la amiga del alma de la difunta, su compañía hasta el final. Seguro que sintió la muerte de mi madre más que yo. Me da cierto pudor reconocerlo, pero es la verdad. A mi madre no le dio ninguna vergüenza no entregar ni un átomo de ternura a sus hijos.

Las horas pasaban y aquello no tenía fin. Todos la conocían mucho; mucho más que yo. Me sentía en la obligación de respetar sus sentimientos, aunque tenía la certeza de que algunos solo venían a husmear. Únicamente tenía que mirar la cara de Evarista para distinguirlos, se le cambiaba el gesto, no les daba coba y hasta les metía prisa.

Estaba cansada. El reloj marcaba más de las dos de la madrugada y todavía quedaba gente en la casa. Me aturdían los rezos sin pausa entre dientes, llantos de fondo, el olor a humanidad. Lo peor de todo eran los murmullos, saberme sentada en el banquillo de los acusados —la hija que abandonó a su madre— y que el jurado me estaba condenando sin haber escuchado siquiera el primer párrafo de mi versión de la historia. Cansada, sí; rebelde. Le dije a Evarista que me parecía suficiente, que ya tenía una edad y debía cuidarse. La convencí de que se fuera a descansar, dentro de unas horas tendría lugar el entierro con toda su parafernalia. Me hizo caso a regañadientes. Acto seguido conseguí despejar la casa y quedarme sola, que era lo que me hacía falta. Mi hermano Valentín vivía en Francia, la muerte de nuestra madre nos pilló por sorpresa, llegaría al día siguiente del entierro.

Cerré la puerta. Por fin. La casa desprendía un bochorno extraño, olía a cirios agotados, desde el pasillo se vislumbraba su resplandor rojizo, emanaba de la habitación donde yacía mi madre. Apagué todas las luces. Regresé con ella. Con ella, con ella, con mi madre. Estaba vestida de negro de arriba a abajo, un luto riguroso que adoptó con la muerte de mi padre, según me contó Evarista. Me recreé en sus manos dispuestas sobre el pecho.

El eterno sello con la inicial de mi padre en el dedo anular, tan desgastado que apenas se distinguía la efe. Sus venas parecían dibujadas, las uñas, de plástico. Mucho tiempo había pasado por esas manos, yo no las vi envejecer, ¿me importaba? No sabía la respuesta. ¿Le importó a ella no verme envejecer a mí? Observé su cara estriada por multitud de arrugas, algunas tan profundas como barrancos desde los que habría podido suicidarme. Una cara que jamás había conocido una crema, una loción ni nada parecido. Me impresionó verla así, la última vez aún conservaba algo de atractivo, su habitual recogido con dos horquillas. Tenía el cabello negro a media espalda, fuerte, con caída, más lozano que el mío. La muerte se la había llevado con el pelo corto y completamente blanco; de todas formas, seguro que mi padre la reconocería hasta de espaldas.

Mi madre estaba muerta, pero, incluso de esa forma, seguía manteniendo el gesto autoritario, la faz severa. Al sumergirme en sus facciones caí en un estado de abstracción, perdí la noción de la realidad, mi pulso se aceleró al temer que de un momento a otro abriera los ojos y se incorporase para decirme: *¡Olaya! ¿Qué haces ahí como si te hubiera dado un aire? ¡Anda! ¡Ve a hacer algo útil y desenvaina las judías! ¡Que estén preparadas para cocinarlas a la hora de la comida!*

El impacto que me causó tan solo imaginarlo, me hizo salir bruscamente de la contemplación.

Me centré en la fotografía que coronaba desde la pared la cabeza de mi madre, como pregonera de su gran creación; su familia. Al mirarla fijamente, me trasladé al pasado.

Tenía dieciocho años, la maleta preparada y un billete de ida hacia algún lugar de Inglaterra del que no sabía ni pronunciar el nombre. Es lo que habían decidido mis padres para que aprendiese el valor de las cosas a fuerza de ganármelas por mí misma, a defenderme en la vida, a convertirme en una mujer de provecho. Ya habían hecho lo mismo dos años atrás con mi hermano Valentín, en cuanto cumplió los dieciocho, le prepararon la maleta y el billete. A Valen lo enviaron a Poitiers, en Francia, con la garantía de un puesto de trabajo en un hotel donde tendría techo y comida, además de un salario suficiente como para poder comprar su billete de vuelta cuando decidiese regresar, igual que después hicieron conmigo. Valen nunca tuvo interés en volver.

En mi caso, mi destino era trabajar diez horas en la fábrica de chocolates Cadbury. Después iba a dar con mis huesos a la celda que me habían procurado unas monjas por deferencia a mis padres, a través de la mediación de mi hermana Regina que había tomado los hábitos años atrás. Era cinco años mayor que yo y tres mayor que Valen. Algo enfermiza, mi madre siempre se concentró más en ella. Regina representaba el orgullo y la serenidad de mis padres, un ejemplo de buena hija, sencilla, religiosa, que se había buscado un hueco en la vida por sí misma. Les hizo un gran favor metiéndose a monja. Como más a gusto estaban ellos era solos. Un matrimonio compenetrado y feliz, con tres hijos que vinieron al mundo a invadir su intimidad igual que unos extraños. He logrado entender el desarraigo de mi hermano Valentín. En el rincón de mis pensamientos prohibidos, el que todos guardamos en nuestra conciencia, yo también llegué a la conclusión de que sobraba. Era una idea flotante que no quería creer, discutía con Valen cuando echaba pestes sobre nuestros padres. Con el tiempo y la falta de cariño, desperté de mi sueño de padres preocupados por la formación de sus hijos para comprender lo que realmente subyacía bajo esa excusa: les sobrábamos.

En más ocasiones de las que hubiera querido descubrí o escuché, sin proponérmelo, la intimidad de Fabián y Serafina. Cuántas veces él, sentado en una silla de enea, le decía a mi madre: *¡Serafina! Ven. Súbete el vestido. Siéntate sobre mí.* A lo mejor yo me dirigía de una estancia a otra y pasaba igual que un espectro contemplando la escena durante unos segundos. Ellos,

imbuidos en ese espacio al que nos lleva el deseo, la pasión, donde se enajenan los sentidos, ni siquiera se daban cuenta de mi presencia. Mi madre soltaba lo que estuviera haciendo para convertirse en amazona hasta que le flaqueaban las piernas o su pura sangre se detenía rendido. Mi padre era con quien únicamente se mostraba cariñosa, dócil. Luego estaba Evarista, que era su clavo ardiendo, su confesionario, su fiel asidero, quien pasaba más tiempo con nosotros que ella cuando, asfixiada por la estirpe que había engendrado, corría al campo a los brazos de mi padre con la propuesta de llevarle el almuerzo.

Confieso que lloré en el avión. Había resistido hasta ese momento sin mostrar una mueca de debilidad, sin dejar caer ni una lágrima. Estuve a la altura de la frialdad de mis padres, aunque en ese momento lo hice por creer que estaba a la altura de la fortaleza que esperaban de mí. Quizá me superó la ausencia de un brazo conocido al que aferrarme en el momento del despegue, cuando se me volteó el estómago y el pánico brotaba por mis orejas. O quizá lloré por no poder compartir con nadie la soberbia visión del cielo en el que me encontraba, de las nubes brillantes que hendía la máquina con sus alas. Imaginé que ellas eran las habitantes etéreas de lo que me pareció un mundo paralelo e ignoto durante unas horas.

Cuando aquella aberración voladora aterrizó, yo no sabía que comenzaba a ser otra; otra que todavía se parecía a mí.

Llegué a pasar hambre, ¡oh, sí!, ¡claro que pasé hambre! La celda de las monjas no era gratis, como tampoco lo eran las dos tostadas con un café del desayuno o la sopa de pan y una fruta en la cena. A comer no acudía; la fábrica, la fábrica, la fábrica. El trabajo. Buscarme la vida. Ser una mujer de provecho. De todas formas, en la media hora que nos daban para comer, no tenía tiempo material para ir donde las monjas y volver a tiempo al trabajo. Me convencía a mí misma de que esas penurias eran algo positivo, pues me harían cada vez más fuerte y me enseñarían a entender la vida. En aquella época todavía tenía confianza en la finalidad educativa de las decisiones de mis padres, aquel pensamiento me ayudaba a sobrellevar el hambre, el frío, la distancia. Tanta soledad.

En la fábrica salían partidas defectuosas todos los días, tabletas de chocolate rotas o deformadas que pondrían en entredicho el prestigio de la marca si se comercializasen, así que eran consideradas material desechable. Ahí encontré mi fuente de energía, mi almuerzo diario y el refuerzo después de la escueta cena antes de acostarme. Pero también fue la causa de efectos nocivos para mi salud y no pude zafarme de las caries. Perdí parte de mi dentadura, la mayoría de las muelas se consumieron, menos mal que el frente de mi sonrisa permaneció intacto. Eso ocurrió cuando llevaba más de un año consumiendo chocolate a ese ritmo todos los días.

Mi habitación-celda constaba de una cama de setenta —siempre me dio miedo que la cruz de madera que pendía sobre el cabecero se me cayese en la cabeza durante la noche—, un pequeño guardarropa y la mesita de noche con una vela. En el cajón tenía una caja de cerillas. En invierno solía dormir con jersey, la cama estaba congelada y no podía usar una bolsa de agua caliente pues a esas horas ya no había, solo por las mañanas. Me salieron sabañones en las manos. Algunas noches solo me quitaba el pantalón de trabajo, me ponía el del pijama y me echaba a dormir. No entendía cómo mi hermana Regina había elegido esa vida voluntariamente. Dicen que el amor del Señor es eterno e incondicional; tal vez era eso lo que buscaba Regina, la certidumbre de un amor de verdad. Yo no había recibido esa llamada y después de compartir con las monjas parte de ese estilo de vida, menos aún. La fe no se puede imponer, es ella la que te encuentra. A mí solo llegó a hallarme una pizca. Mi madre se encargó de que me rebelase contra ella por

convertirla en una exigencia. No obstante, la buscaba, pero egoístamente, para poder contar con ese refugio en las horas bajas.

Me había llevado mi Biblia a Inglaterra, es un texto poderoso y fascinante. Leía un rato antes de dormir, como acostumbraba a hacerlo con mi madre. Insistía en un pasaje, uno de mis preferidos:

“Alabado sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre misericordioso y Dios de toda consolación, quien nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que con el mismo consuelo que de Dios hemos recibido, también nosotros podamos consolar a todos los que sufren.”

(2ª Corintios, 1:3-4)

Lo repasaba todas las noches —a veces en voz alta— hasta que comencé a escucharme vacía. Me costó reconocerlo, me sentía traidora e infiel, pero ya no encontraba ese consuelo del que hablaba el pasaje ni comprendía muchos versículos de la Biblia. Estaba sola. Nada me reconfortaba.

Me atreví a comprar un libro en inglés, *Cumbres borrascosas*, y un diccionario. Me arrebató ese amor incondicional y apasionado que refleja la novela, aunque tormentoso. Su lectura conseguía trasladarme a esos parajes montañosos, notaba el aire puro de las cumbres en mi cara, veía a los personajes, los escuchaba. Metida dentro de las páginas del libro huía de mi celda, de la pobre luz de la vela. Después de ese libro vinieron muchos más. Ya hablaba y comprendía perfectamente el idioma. Eso hizo que comenzara a sentirme orgullosa de mí, además de engañar al frío y al desarraigo.

Las cartas no eran frecuentes. Mis padres no solían prodigarse. Al quedarse solos se les fue el alma al cielo o hallaron el cielo en la tierra: su hija mayor, Regina, decentemente “colocada” en un convento; su hijo mediano, Valentín, con un trabajo fijo en un hotel respetable de Poitiers; su hija menor, la callada y obediente Olaya, en Birmingham, sacando adelante un trabajo digno y al asilo de unas buenas monjitas. ¡Para qué preocuparse! Todo encajaba. Nos querían, supongo (lo he tenido que suponer demasiadas veces), pero habían nacido para ser novios eternamente. Una carta cada un par de meses resultaba lo justo para cubrir el expediente, saber que su hija Olaya seguía viva, decente y reiterar su agradecimiento a las monjitas. Lo que nunca supieron es que jamás me hicieron concesión alguna, ni una manta de más ni otro cuenco de sopa. Las velas sí me las regalaban, pero cuando era evidente que la antigua se había consumido. Para tener más luz o calor, guardaba la cera vieja que goteaba candelabro abajo, la derretía y elaboraba otra vela secreta que en más de una ocasión me calentó las manos.

Valen y yo nos manteníamos en contacto asiduamente. Él era más impetuoso que yo, más visceral. Cuando se fue de Santa Sierra, ya comenzaba a esbozar un gesto de amargura. Yo fui testigo epistolar de su desgaste, su desilusión, de cómo se fue descastando de toda raíz. Ya no esperaba las cartas de nuestros padres porque esperar le hacía daño. Perdió la fe en la existencia de los sentimientos absolutos. Si su padre y su madre no le querían, ¿quién iba a hacerlo?, solía preguntarme a través de sus letras. Yo le contestaba que le querría siempre. Conforme fueron avanzando el tiempo y las circunstancias, se impuso en él un total desapego y dejó de nombrar a nuestros padres como papá y mamá, ya solo me hablaba de Fabián y de Serafina, hasta que se desligó por completo y no volvió a nombrarlos más. Yo le contestaba pronto, ansiosa de mi idioma, de algo que tuviera que ver conmigo en ese mundo gris lluvia y marrón chocolate que me rodeaba. Valen dejó de leer las escasas cartas de nuestros padres y ya no les contestaba. Para ese entonces, yo sabía que su alma estaba ennegrecida por culpa del desamor del que se sentía víctima. No sé qué se le pasaría por la cabeza, pero cuando aún vivíamos juntos en Santa Sierra, al estar los cinco sentados a la mesa, a veces le sorprendía observando a mi padre con la mirada aguda a la vez que apretaba los labios, luego miraba de soslayo a mi madre, tomaba una

cucharada de la comida y parecía que se le atascaba el guiso a mitad de la garganta. Daba la impresión de que tenía que hacer un verdadero esfuerzo para tragar. En ocasiones, mi padre se daba cuenta de su estado de enajenación, le soltaba una colleja y le gruñía algo parecido a que si se había quedado helado o qué. Él callaba, apretaba más los labios, comía a toda velocidad con cara de asco y se largaba, mi padre daba un golpe en la mesa con la palma de la mano las primeras veces que ocurría aquello, pero después pasó a adoptar una actitud del todo indiferente ante la espantada de Valen, así se quedaba más cómodo. Entonces, yo me hacía más pequeña, deseaba encogerme y que no se me viera ni escuchase, porque, al haberse ido Valen, era yo el único objetivo de posibles críticas, preguntas o represiones que quedaba en la mesa, que parecía más grande ante el silencio que reinaba durante las comidas, solamente era interrumpido por el ruido de los cubiertos chocando contra los platos o alguna petición de mi padre: agua, sal, pan... No faltaba la oración que entonaba mi madre dando gracias a Dios antes de que pudiéramos hundir la cuchara en el plato.

Valen y yo estuvimos muy unidos durante toda la niñez y esa unión se prolongó hasta la adolescencia. Nunca he tenido un amigo más auténtico que él. Fue el primero y el mejor. En verano hacía un calor insoportable en Santa Sierra e íbamos a bañarnos al río con los demás niños del pueblo. Él siempre estaba pendiente de mí, se dedicó a quitarme el miedo al agua y me enseñó a nadar. Evarista venía a recogernos antes de que anocheciera. Era agri dulce ver aparecer su figura en el horizonte. Por un lado, se terminaba el baño, pero, por otro, nunca se sabía con qué iba a sorprendernos y, a esa hora y después de tanto ejercicio, estábamos caninos. Nos traía higos, rodajas de sandía o mandarinas en una cestita de mimbre con dibujos florales. Devorábamos la fruta como animalillos hambrientos durante el camino de regreso a casa. Otras tardes, después de la siesta obligatoria, Valen y yo cogíamos la bicicleta y nos lanzábamos a recoger moras de las zarzas que estaban a las afueras de Santa Sierra. Era todo un espectáculo circular por el pueblo en ese momento del día. La luz vespertina le daba el contrapunto al amarillo picante matinal y otorgaba un tono azafranado a las apacibles callejuelas. La atmósfera era invadida por libélulas rojas con las alitas transparentes, salían de cualquier rincón, como si ellas también hubiesen sido liberadas de su encierro durante la siesta y se dirigiesen en tropel a conquistar el aire. Se posaban en el manillar de las bicicletas, se acercaban, sedientas, al brocal de los pozos o a los cubos repletos de agua que había en las huertas. Algunas se inclinaban tanto que caían dentro y, al pegarse sus alas, morían ahogadas. Allí las llamábamos caballitos del diablo. Yo les había conferido una naturaleza fantástica, me gustaba pensar que procedían de algún lugar oculto y misterioso donde existirían más criaturas fabulosas como duendes, ninfas o gnomos, me parecían seres mágicos salidos de un cuento de hadas con los que algún día llegaría a trabar amistad si lograba que confiaran en mí... Hasta que mi padre me espetó que bastaba de tonterías, que aquellos caballitos eran simples insectos, solo que un poco más bonitos que una chicharra. ¡Mucho más bonitos!, repliqué yo para mis adentros.

El huerto trasero de la casa era el patio de juegos favorito de Valen y mío; era nuestro reino. El gran limonero que reinaba en el centro se erguía como un castillo. Nos sentábamos bajo su sombra para tomar la merienda, le colgábamos cintas que le sobraban a nuestra madre de alguna costura y

objetos que ideábamos Valen y yo con latas, bolsas, llaves oxidadas... Nos coronamos reyes del lugar con dos cazuelas viejas que nos regaló Evarista. Ya teníamos doce y catorce años, no obstante, en ese mundo que habíamos creado no existía la edad. Valen y yo todavía éramos dos seres puros, desprovistos de malicia. Todo lo que cabía en nuestra imaginación cobraba vida en la realidad y, mientras duraba el juego, resultaba auténtico, palpable para nuestros sentidos. Sin embargo, de un día para otro, Valen cambió, se volvió huraño mientras estaba en casa, distante, como cuando comíamos en la mesa. Se enrareció, parecía contaminado por el ambiente rígido y seco que respirábamos en casa. Continuaba acompañándome al río y allí se mostraba igual que siempre, pero una tarde me dijo que lo del reino se acabó, que le parecía una tontería. Yo pensé que se estaba haciendo mayor y eso de jugar a “las casitas” le daba vergüenza, así que le aseguré que nadie sabía nada, que nuestro reino era secreto, pero en ese instante lanzó la corona con rabia contra uno de los muros del patio y me dijo que no quería volver a acercarse al limonero.

Cuando llevaba alrededor de siete meses en Birmingham, recibí una carta de mis padres en la que después de los parabienes por mi trabajo, de expresar su confianza en que me estuviese comportando como ellos y Dios esperaban de mí, me comunicaban su decisión de marchar a Alemania. Era mi madre quien escribía las cartas lo mejor que podía. No había estudiado, pero sí aprendió a leer y a escribir. Mi padre solo estampaba su firma al lado de la suya.

La carta, a grandes rasgos, decía así:

Olaya:

Te escribimos para decirte que tu padre y yo viajaremos pronto a Alemania, en cuanto Regina se reponga, que está un poco floja. No te preocupes, no es grave, sabes que siempre ha sido enfermiza. Se recuperará. Ya te informaremos.

Tu padre ha tardado meses en encontrar trabajo en ese país. Él piensa que es una buena idea pasar un tiempo allí para ahorrar dinero, en Alemania hay mucho trabajo y lo pagan bien. Sabemos de españoles que están yendo para allá y no se arrepienten.

Tu padre quiere ampliar la casa, hacerla más cómoda, construir una chimenea y habitaciones en el piso de arriba, que está como un trastero. En fin, nos vamos para trabajar y ahorrar y para vivir mejor en Santa Sierra.

No sé cuándo volveremos a España. Supongo que cuando tu padre lo crea oportuno. Ya te mandaremos la nueva dirección a la que puedes escribirnos. Cuando contestes nos cuentas algo sobre Valentín, que no sabemos nada de él. A saber qué andará haciendo. Esperamos que no se haya metido en ningún lío, siempre fue un muchacho complicado.

Sigue por el camino de la rectitud, Olaya, no te desvíes.

“Tu padre, tu padre y tu padre.” ¡Por Dios! ¡Qué ceguera! Yo no lograba entenderlo. Es que, encima, a mi madre ni siquiera le pegaba esa sumisión, esa forma de autoanularse. Si así era el matrimonio, tenía claro que no quería saber nada de él.

Y luego estaban los comentarios negativos sobre mi hermano. Esos me molestaban aún más. “Un muchacho complicado”. Mi hermano Valen, ¿un muchacho complicado? ¡Qué sabrían ellos! ¡Si ni siquiera le conocían! Igual que a mí. No nos conocían. Mi hermano continuaba en su puesto de trabajo, eso sería porque no lo estaría haciendo del todo mal, digo yo.

En resumen, que se largaban a Alemania para hacer dinero y no sabían el tiempo que permanecerían allí. O lo que es lo mismo: hacemos lo que nos da la gana, nos vamos a vivir la aventura, por fin estamos solos, vosotros ya sois mayorcitos y os hemos dejado colocados. Ya está.

Y ya nos las arreglaríamos Valen y yo desperdigados por el mapa. Daban por hecho que habían cumplido, que les había llegado la hora de volver a ese lugar de ensueño que era su libertad, su hueco secreto donde solo podían entrar ellos, ese escondite de dos plazas que habían mantenido siempre impenetrable.

Unos días después recibí otra carta. Me extrañó ese alarde de cariño. Pero no. No era cariño. Era para comunicarme una de las noticias más tristes de mi vida: mi hermana Regina había muerto por un fallo cardíaco. La cardiopatía con la que nació al final había podido con ella.

Leí varias veces la frase en la que ponía que mi hermana había muerto; muerto, muerto, *Regina ha muerto...* Arrugué la carta con rabia salada en los ojos, la arrojé al suelo, la pisoteé. Sentí odio hacia mis padres por haberle quitado importancia a lo que le ocurría a Regina y por haberme robado la oportunidad de ver a mi hermana una vez más. ¡Podían haberme dado la posibilidad de viajar a visitarla! La última visión que tengo de Regina ha permanecido en mi corazón durante muchos años como una herida abierta que no cicatrizaba, porque no acababa de creerme que aquello hubiera sucedido. ¡Santo cielo! ¡Fueron unos manipuladores! No me molesté en contestarles. Con parte de mis ahorros me compré un vestido negro y lo estuve llevando durante un año. Después lo tiré.

Como sabía que Valen se deshacía de las cartas de mis padres sin leerlas, le escribí enseguida para informarle de las noticias. La de la muerte de Regina y la de que nuestros padres se iban a Alemania. Al contestarme ni nombró a Fabián y a Serafina. Obvió la noticia por completo. Solo me escribió que sus letras no eran letras, sino lágrimas de pena por nuestra hermana.

A parte de las cartas que seguimos escribiéndonos, alrededor de un año y medio después de aquello, Valen me escribió muy contento, era la primera vez que le notaba tan entusiasmado en mucho tiempo. En su carta me decía que podía largarme de allí si lo deseaba, que me había encontrado una casa en París donde trabajaría como niñera y alguna función más que me requiriese la familia. Me contaba que se trataba de gente muy rica que había conocido en el hotel, pues se hospedaban en él cuando viajaban a Poitiers por negocios; que eran generosos, siempre le dejaban buenas propinas. Yo viviría con ellos en la habitación del servicio y, además de proporcionarme techo y comida, me pagarían un salario. Valen les había dicho que yo sabía inglés, ya que, por lo visto, ellos deseaban introducir a sus hijos en el idioma; una niña de doce años y un niño de nueve. Les había informado de que tenía veinte años y les aseguró que yo era una chica decente y laboriosa, que él respondía por mí. A ellos les pareció bien. Estaban esperando mi contestación.

Miré alrededor de mi habitación-celda.

Pasé la mano por mi única y áspera manta.

Fijé mis ojos en la vela de la mesilla.

La boca comenzó a saberme a la sopa de todas las noches, menos los domingos, que ponían puré de zanahorias. Ni lo dudé. Saqué mis ahorros de una caja de chokolatinas y los conté. Tenía de sobra para pagarme un billete a París.

Le escribí rápidamente a Valen preguntándole que cuándo debía incorporarme al trabajo. Él me contestó que cuanto antes llegase, mejor, no fuese a ser que, entre unas cosas y otras, encontrasen a alguien que cubriera el puesto. Me despedí de la empresa, compuse mi escaso equipaje y les facilité mi nueva dirección a las monjas para que se la remitieran a mis padres cuando volvieran a escribirme.

En unas horas mi vida había cambiado de forma sorprendente y radical: nuevo trabajo, nuevas compañías, nuevo idioma y nuevas coordenadas. París. Eso sí sabía pronunciarlo desde el principio, aunque no hablase francés. Y nada de monjas ni tanta lluvia. Ni sopa.

Ya sabía español e inglés, aprendería a hablar francés sin problema, estaba segura, eso ni me preocupaba ni me suponía el mínimo impedimento, al contrario, me estimulaba. Había crecido, sí, en edad y en espíritu.

Tomé el avión y pisé el suelo de París con la alegría rebosando por las rendijas de mi maleta. Ella también destilaba entusiasmo, llevaba tanto tiempo guardada en el armario... La imaginé como una compañera de viaje de carne y hueso, con ojos, con la que compartir mis emociones. Aunque en voz bajita, creo que hasta llegué a hablarle. No sé cómo se hallaría su interior rígido forrado de tela marrón, pero yo sentía cosquilleo en la barriga, un vals en mi vestido gris y temblor en los zapatos.

Mientras pensaba en cómo llegar a mi destino —la casa de la familia Marcoux—, me di cuenta, a la salida de pasajeros, de que habían tenido el detalle de enviarme a alguien a recogerme. Un chico algunos años mayor que yo alzaba una cartulina blanca donde ponía en letras grandes de color azul:

OLAYA DE BIRMINGHAM

Levanté la mano.

Nos acercamos el uno al otro.

—Hola, yo soy Olaya, un placer —realicé un sutil gesto de afirmación con la cabeza.

—*Enchanté, mademoiselle, je suis Pierre* —contestó.

—Ven-go pa-ra tra-ba-jar en ca-sa de los se-ño-res Marcoux —traté de hacerme entender hablando despacio, pero Pierre no tenía ni idea de español ni yo de francés.

—Marcoux, *oui*, Marcoux, *mademoiselle* —afirmó, a la vez que hacía un gesto para que le siguiese.

Los dos asentimos. Creo que ninguno entendió nada excepto nuestros nombres, como Tarzán y Jane.

Bueno, pensé, es un comienzo. Los gestos son un lenguaje universal.

Pierre cogió mi maleta con cortesía, era la primera vez que me trataban como a una señorita. Se colocó la gorra de chófer y nos dirigimos hacia un automóvil negro. Yo estaba nerviosa, ya lo creo, ¡y pletórica! No tenía bastante con dos ojos para mirar todo lo que me ofrecía la ventanilla del coche. La ciudad se presentó ante mí magnífica. No había visto nada igual excepto en la tele o en alguna revista. Por donde quiera que nos moviésemos se levantaban edificios coronados con esculturas y formas cubiertas de oro. Desprendían lujo y magnificencia. Me tapé la cara con las dos manos de pura emoción. No podía creer que aquello me estuviese sucediendo a mí. Gracias al desvelo de mi hermano, había mudado el aire gris por el dorado.

Recuerdo que esas emociones iniciales son las más maravillosas que he experimentado en toda mi vida, aparte de cuando vi la cara de mi hijo por primera vez. He viajado y contemplado hermosas vistas, aunque la virginidad con la que me bebí París la han convertido en la reina de mi memoria.

Valen me había explicado que la casa constaba de dos plantas. La familia vivía en el ático. El primer piso estaba destinado al estudio de la esposa, Marguerite, pintora con cierto prestigio, y también servía de centro de operaciones a su marido, Paul, que era marchante de arte. La vivienda se encontraba en Montmartre, en el famoso Barrio de los Pintores. Era una zona muy colorida, las casas parecían vivas, los tejados de pizarra brillaban como espejos bajo la luz directa del sol. Al bajarme del coche contemplé de hito en hito la fachada del edificio; llamativa y original, pintada de malva. Las ventanas, con postigos de madera en lugar de persianas, estaban rodeadas de azulejos morados con una flor colorada en medio. La puerta tenía forma de arco, en sus distintos cuadrantes se distinguían labrados que contaban una historia. Había dos macetones de vidrio rojo colocados a ambos lados de ella. Una monería. ¡Y yo iba a vivir allí!

Mientras recordaba París, me sorprendí esbozando una sonrisa frente al cadáver de mi madre. Sentí vergüenza. Me dio la vida, lo deseara o no. Levanté mi vaso de anís. Brindé por ella, por mi cálida, amorosa y comprensiva madre. Miré su cara, parecía de cera. Fui a hacerle una caricia. Quedé hipnotizada por la frialdad de su piel, igual que una estatua a la intemperie en una noche de enero.

Nunca había pasado tanto tiempo a solas con ella. Dos lágrimas cayeron de mis ojos sin permiso, sin consideración. Cayeron en su frente. ¡Oh, mamá!, exclamé, ¡si hubiera podido compartir todas esas emociones contigo!, refugiarme en ti de mis pesares como cualquier niña, celebrar en tu pecho las sensaciones que hacían brillar mis ojos... Pero no fue así, debías estar a la altura de lo que mi padre esperaba de ti, eso era lo que más te importaba.

Me serví otro anís.

Brindé por ella de nuevo.

Solo recuerdo una vez en que la alegría te desbordó y me diste un abrazo, madre —seguí hablándole—. Fue cuando Regina pronunció sus votos, estabas tan exultante que pusiste tu brazo por encima de mis hombros y me apretaste contra ti, confesándome la dicha que sentirías si siguiese los pasos de mi hermana. Yo ni te atendía. Me regocijaba con tu gesto de cariño, tu olor, el calor de tu cuerpo. Ahora estás muerta, madre, ya nunca será así, no podré llorar en tu regazo ni colgarme de tu cuello. Esa ilusión ha muerto contigo.

Solté el vaso de anís, la abracé, me tendí sobre ella y sentí su contacto gélido, la quietud inexorable, su aroma se había fugado. Solo así pude estar pegada a mi madre todo el tiempo que me dio la gana sin que me dijera: *Ya está bien, Olaya, que estoy ocupada*, o sin que llegase mi padre en plena muestra de cariño —que siempre partían de mí— y me mandase a hacer algo para adueñarse de ella, ¡eso!, adueñarse de ella. Y mi madre jamás se rebeló. Pues en ese instante era mía, muerta y sin calor, era mía.

Pierre llamó al timbre. Nos abrió una señora ataviada con un vestido negro por debajo de las rodillas, el cuello camisero blanco, de encaje, y dos bolsillos a los lados a la altura de las caderas. De uno de ellos se veía asomar una libreta y la punta de un bolígrafo. Llevaba un aro con múltiples llaves enganchado al cinturón. Pierre, que continuaba portando mi maleta, me instó a que entrase. Yo cuidaba de mi bolso colgado a modo de bandolera, allí guardaba lo que realmente me importaba: mi documentación, mi libro favorito y mis ahorros; bueno, y una chocolatina. En la maleta solo iban dos vestidos más, otro par de zapatos y más libros. La Biblia la dejé en la celda. Ya tendría tiempo de comprarme una en francés cuando comprendiese el idioma. La otra olía a vela, a horarios extenuantes, sabañones y tiritonas en la cama.

La entrada resultaba encantadora, llamativa, pero con estilo. Desprendía un ligero aroma dulzón. Uno de los tabiques estaba forrado de terciopelo burdeos, el que estaba justo enfrente de la puerta, donde habían colocado un aparador de madera oscura, envejecida, decorado con pinceladas de pan de oro, con multitud de cajoncitos cada uno con un tirador distinto y, sobre él, colgada en la pared, una cornucopia muy fina, sin demasiadas filigranas. Se percibía la elegancia, era evidente la exclusividad, la pequeña estancia parecía una obra de arte en su conjunto.

La mujer le dijo a Pierre que ya podía irse. Este soltó mi maleta en el suelo, se despidió y desapareció tras la puerta de la calle.

Al adentrarme un poco más en la vivienda, me invadió el olor a pinturas, óleos, aceites y barnices. Imaginé a Marguerite sentada en su banqueta, frente al caballete, situada al lado de una gran ventana plena de luz, abstraída, dando pequeños toques de pincel aquí y allá en el lienzo, buscando el trazo perfecto igual que un poeta explora su cerebro para encontrar el verso definitivo que remate el poema. Me imaginé a Marguerite navegando de universo en universo, secuestrada por la inspiración que en ese momento la embargase.

¡Qué maravilloso tener talento para crear algo único! ¡Arte! Obras que trasciendan a la persona y le den vida después de la muerte; crear, una forma de volverse inmortal. Lo contrario a pasar por la vida como una mota de polvo que no encaja en ningún sitio, que va de una figurita de cerámica al

marco de un cuadro, del lomo de un libro al centro de mesa y de todos los lugares es expulsada para pasar a flotar en el aire de nuevo y posarse en otro rincón, sabiendo que va a seguir molestando. En la época en que vivía con mis padres, lo habitual era que mi hermano y yo nos “posásemos” en cualquier estancia en la que no estuviesen ellos, y si era en casa de Evarista, mejor. Aunque allí no éramos molestos como el polvo, allí yo era la figurita de porcelana y mi hermano el centro de mesa. Hacíamos pestiños, rosquillas, bizcochos, me enseñaba a tejer mientras Valen recorría el doblado buscando tesoros u objetos curiosos entre los baúles antiguos, llenos de cajones que eran toda una tentación, o dentro de las maletas de mil años llenas de libros viejos, aunque Evarista decía que los libros no envejecían, igual que las palabras. Valen encontró un ejemplar de *Robinson Crusoe*. Se lo bebió. Le cambió el nombre a nuestro gato y le puso Viernes. Al gato le dio igual, no hacía caso a su nombre de siempre ni al nuevo.

Cuando anocheía sacábamos las tumbonas a la puerta para mirar las estrellas, entonces, Evarista me contaba anécdotas de su niñez si le tiraba de la lengua. Me costaba imaginarla con mi edad —era como si siempre hubiese sido mayor—, me sorprendía al narrarme alguna travesura o inquietud infantil. Ella se deshacía en carcajadas al ver mi cara de asombro.

Jamás olvidaré aquellas noches, son las que sembraron en mí los auténticos recuerdos familiares que conservo; los buenos.

—¿Olaya? ¿De la *Espania*? —me preguntó la mujer que abrió la puerta, con una voz potente y amplia sonrisa.

—Sí, señora —contesté a la vez que hacía un gesto con la cabeza, bajando la barbilla.

—Yo ser Anna, saber un poco de *espaniol*.

¡Qué alivio sentí! Por poco que supiera, más o menos podríamos comunicarnos.

—Encantada, señora.

—¡Oh, no! Tú llamarme Anna, por favor. ¿Cómo se dice? —se preguntó a sí misma, pensativa— Dormimos tú *et moi* en misma *chambre*.

—Dormiremos tú y yo —corregí.

—¡*Oui!* Dor- mi- re- mos —repitió.

—¿*Chambre*?

—Ha- bi- ta- ción —pronunció Anna despacio, marcando las sílabas.

Reímos. Tenía una cara muy simpática. Mostraba una sonrisa natural y las mejillas rosadas. No llevaba ni pizca de maquillaje.

—Yo encargarme de la *maison et la cuisine*.

—¿*Maison*? ¿*Cuisine*? —repetí levantando las cejas.

Anna hizo un ademán con las manos abarcando la casa mientras pronunciaba *maison*.

—¡Ah! ¡La casa! —deduje— ¿Y *cuisine*?

Anna volvió a hacer otro gesto con las manos fingiendo que cocinaba, comía y bebía.

—Vale, cocina —entendí.

—*D'accord, maison* es casa *et cuisine* cocina —expresó Anna.

—¡Sí! —exclamé.

—*Oui* —me corrigió ella a mí.

—*Oui*, Anna.

Me dijo que los señores no se encontraban en casa, que me conduciría hasta nuestra habitación para que fuese alojándome. Asentí. Cogí mi maleta y

seguí los pasos de Anna. Subimos la escalera, giraba hacia la derecha en redondo. Tenía el pasamanos de madera, a juego con el aparador de la entrada, con los mismos toques de pan de oro. Los escalones eran iguales que el resto del suelo, de mármol rosado. Conforme subíamos, Anna me iba informando de cuándo volvían los niños del colegio, a la hora que se comía, se cenaba y que nosotras lo hacíamos en la cocina, cuando la familia terminaba. Me habló de las costumbres de la casa en general. Me dijo que el mayordomo, Clément, vivía allí, que compartía habitación con Pierre, el chófer. Su habitación estaba pasando por la cocina, la nuestra, arriba, en la buhardilla. También me dijo que la señora Marguerite ya me explicaría mis funciones.

—*Les enfants sont* a la colegio.

—El colegio, se dice, el colegio.

—*Très bien*, vamos a ¿aprender...?

—Sí, aprender.

—... mucho juntas.

—Ojalá —expresé.

—¿Ojalá?

—Se dice cuando quieres que algo se cumpla, ¿comprendes?

—Sí, sí. Ojalá tú estás bien aquí. No gusta estar sola.

—¡Gracias! —me alegré por la cálida bienvenida.

—Gracias es *merci*.

—Pues muchas *merci*, Anna.

Seguí a Anna escaleras arriba para acceder al espléndido ático. Las cristaleras del salón iban desde el suelo hasta el techo y daban a una amplia terraza. Los sofás estaban tapizados de rojo, colocados de espaldas a las cristaleras, frente a una chimenea en arco. El interior de la casa era tan original como el exterior. También pude observar, al paso, una especie de saloncito, como un lugar para charlar o leer, con las puertas correderas. Había un piano de pared con la tapa levantada. No me dio tiempo de ver más.

Al contemplar tanta opulencia se me vinieron a la cabeza los pobres de mis padres... Pobres, sí, obligados a viajar a Alemania, tan lejos de su hogar, para trabajar en lo que les saliese con la humilde intención de reunir el suficiente dinero y así poder mejorar su casa y construir una modesta chimenea. No pude evitar que se me dibujase una sonrisa sarcástica. Enseguida me consolé pensando que ellos ya se sentían millonarios estando juntos.

La mayoría de los cuadros colgados en los pasillos no los comprendía, no adivinaba a qué hacían referencia las figuras que representaban, entendí que estaba en otro mundo, otra realidad que no había conocido y en la que aún me sentía inferior, pero me ocuparía de ponerme al día. No iba a conformarme solamente con trabajar para sobrevivir, quería aprender y mejorar.

Llegamos a nuestra habitación. Anna me avisó de que los señores llegarían en breve con los niños. También me dijo que se defendían muy bien en español debido a sus habituales viajes a Madrid. Eso ya terminó de alegrarme el día. Anna señaló cuál era mi cama antes de dejarme sola para que me acomodara tranquilamente, con intimidad.

Mi habitación era ideal, con dos camas en paralelo —aunque podrían caber dos más— y un armario pintado de azul oscuro donde habría espacio de sobra para la ropa de Anna y la mía. El techo era abuhardillado. Estaba envuelta en el azul cielo de las paredes. Después de haber (sobre)vivido dos años en aquella habitación-celda de Inglaterra, dormiría entre las nubes. En mi mesa de noche había una lamparita de Tiffany. El televisor estaba enfrente de las camas, sobre una cómoda de cuatro cajones a juego con el armario.

Observé largo rato la estancia con la boca abierta. Si la habitación del servicio era así, no podía imaginar cómo sería el resto de la casa. Las habitaciones privadas de los dueños y sus rincones de ocio.

Sobre mi cama estaba colocado de forma primorosa mi uniforme de trabajo. Un vestido negro con un mandil blanco rodeado de puntillas. El cuello del vestido era a la caja. También me proporcionaron medias de color carne y unas manoleínas negras de charol muy monas. Ya entendí por qué Valen me había pedido mis medidas cuando le confirmé que aceptaba la propuesta de trabajo. Me vestí enseguida para que cuando llegasen los señores me encontrasen perfecta. Recogí mi cabello en un moño alto, me pareció un peinado pulcro y, a la vez, elegante. Anna regresó en unos minutos. Me dijo que estaba *très bien*. Le di las gracias, sonrojada. Pregunté qué era exactamente eso de marchante de arte y Anna me explicó, como pudo, que el señor hacía de intermediario entre los artistas y las galerías de arte. Precisamente una de las pintoras a las que llevaba era a su propia esposa. El matrimonio Marcoux acudía muy a menudo a Madrid porque dos galeristas con los que trabajaba el señor se encontraban allí.

Mientras conversábamos sonó el timbre de la puerta. Son los niños, que llaman siempre, me dijo Anna. Se escucharon risas y un corretear escaleras arriba. Anna se atusó el pelo y me indicó con un gesto de las manos que bajásemos a la entrada. Me puse muy nerviosa, pero confié en mis posibilidades y en las buenas credenciales que Valen les había dado de mí.

Me había vuelto más valiente y acababa de darme cuenta.

Los señores entraron en la casa hablando entre ellos apasionadamente. Marguerite lucía una melena cuadrada a la altura de la barbilla, la ropa le sentaba genial. Vestía unos pantalones anchos amarillos combinados con una blusa blanca, de su brazo izquierdo colgaba un bolso verde. Me sedujo su estilo, parecía una modelo salida de la pasarela. Paul le sacaba unos centímetros, su cabello canoso contrastaba con el negro de su esposa. También vestía muy estiloso. Daba la impresión de ser más serio que Marguerite. En cuanto nos vieron a Anna y a mí saludaron casi a la vez. Paul le comentó algo a Anna de lo que yo no entendí nada. Solo el *oui* de Anna. Entonces Marguerite se dirigió a mí con un “bienvenida”. A lo que yo contesté *merci*.

—¿Hablas francés? —me preguntó Marguerite, mostrando sorpresa.

—No —sonreí—. *Merci* me lo acaba de enseñar Anna, aunque espero aprenderlo pronto.

Marguerite sonrió.

—Bienvenida pues —me saludó Paul.

—*Merci*.

Marguerite me preguntó si Anna ya me había puesto al corriente de las costumbres de la casa, al decirle que sí, pasó a informarme sobre mis labores, que consistirían principalmente en ocuparme de los niños. Esperaba que les diera clases de inglés, hora y media tres días a la semana y, si me encontraba desocupada, también debía ayudar a Anna en lo que requiriese: labores de cocina, ropa, limpieza, etc. Me comunicó cuál sería mi sueldo y que tendría libres los domingos para hacer lo que quisiera sin rendir cuentas a nadie, con tal de que estuviera de nuevo en casa a las once de la noche. Como los domingos no solía haber tiendas abiertas, excepto los mercadillos, me ofreció tener libre la tarde del sábado y la mañana del domingo.

Yo asentí a todo porque todo me parecía maravilloso. Los desayunos eran a las ocho de la mañana, podía levantarme a las siete para ayudar a Anna a prepararlos. Allí, en Inglaterra, tenía que levantarme a las cinco y media de la madrugada para arreglarme, desayunar y llegar a tiempo a la fábrica. La comida se servía a las dos y media del mediodía, Anna, Pierre, Clément y yo podríamos comer tranquilos una vez que la familia hubiese terminado y

estuviera todo recogido. Y comida sana, nada de tabletas rotas de chocolate. En la cena el horario era a las nueve, después, la mecánica resultaba la misma. Luego estaba lo de impartir clases de inglés, ¡yo dando clases de inglés! Si mi madre me hubiese visto...

Marguerite llamó a los niños en voz alta para que bajasen del ático y pudiera conocerlos. En ese momento Paul se despidió. Marguerite le disculpó explicando que necesitaba mirar un par de cosas en el estudio porque ese día estaban hasta arriba de trabajo. Se le notaba preocupado.

La hija mayor, Anaïs, tenía doce años; el pequeño tenía nueve y se llamaba Adrien. Los dos me saludaron de forma educada, después le dijeron a su madre algo que tampoco entendí y al instante corrieron escaleras arriba de nuevo. Marguerite me dijo que querían irse a jugar: *¡Bah! Estos niños de hoy solo piensan en jugar y en ver la tele, ¡no será porque no tengan libros en casa!*

Su horario de estudios era de cuatro a siete de la tarde, luego podían dedicarse a lo que quisieran para despejarse, menos los días que tenían clase conmigo de siete a ocho y media. Marguerite me dijo que, si alguna vez los llevaba al cine, al parque o algo así, no hacía falta que vistiera el uniforme.

Asentí, asentí y asentí. Aquello me parecía el paraíso y yo era una “Eva” de veinte años ansiosa por recorrerlo todo, por dentro y por fuera; verlo todo, por dentro y por fuera; probarlo todo sabiendo rechazar la maldita manzana que me expulsase del Edén.

—Ahora voy a ponerme algo cómodo para comer, Olaya —concluyó Marguerite—. Descansaré un rato y después me encerraré en el estudio con Paul. Estamos preparando la próxima exposición, eso siempre es motivo de entusiasmo, pero también de estrés. Ya has visto que en cuanto hemos venido mi marido se ha enclaustrado para trabajar. No respiramos tranquilos hasta que pasa el día de la inauguración.

—Comprendo, señora.

—Bienvenida de nuevo.

—*Merci*, muchas, muchas *merci*.

—¡Ja, ja, ja! —rio Marguerite— Muchas gracias se dice *merci beaucoup*, Olaya

Me ruboricé.

—Es que aún no hablo su idioma, pero eso no será problema para que

realice bien mi trabajo, se lo prometo.

—No te preocupes, irás aprendiendo poco a poco, de forma natural. Cuando menos lo esperes, te escucharás conversando en francés. Nosotros tampoco te apremiamos, tranquila.

—Seguro, señora —sonreí, me encantaba el acento con el que Marguerite hablaba mi idioma—. Lo comprobé en Inglaterra, cuando pensaba que jamás me entendería con nadie, pero fue como usted lo ha descrito, aprendí sin darme cuenta. Con su permiso, voy a ponerme en marcha.

Le pedí a Marguerite que me guiase hasta la cocina para ponerme a las órdenes de Anna. Lo primero que hizo fue presentarme a Clément. Tuve que mirar hacia arriba para saludarle, además, su pose altanera le hacía parecer todavía más alto. Era estirado por dentro y por fuera. Le saludé con una sonrisa a la que él me contestó con un seco *enchanté*. Anna me miró con gesto de guasa, se puso tan tiesa como él y le imitó subiendo la nariz.

Clément debía estar en el comedor durante el desayuno, el almuerzo y la cena. Anna acercaba la comida y Clément era el encargado de servirla.

Anna llevó las bebidas y me sugirió que la ayudase con *le salade*. Al entrar, Paul les contaba sabe Dios qué chiste a los niños y ellos no paraban de reír. Marguerite observaba la escena con satisfacción. Aquello me llevó sin remedio a las comidas en Santa Sierra; tan joviales, tan distendidas, en las que pedir un cucharón más de judías era toda una aventura, nunca se sabía cómo iba a reaccionar mi padre. Podía exclamar: *¡Sois un pozo sin fondo!* Y si estaba en plan castrense, ordenaría: *¡Levántate tú, que ya tienes edad!* Entonces nos partíamos de risa, sí. Las comidas en el pueblo eran un puro jolgorio, jamás he escuchado unas respiraciones tan divertidas.

Observándoles, me alegré por ellos, pero no pude evitar sentir envidia. Durante un segundo deseé ser Anaïs y que mi padre estuviese bromeando conmigo. Decidí olvidar las comidas en la lejana mesa siniestra, que más bien parecía un altar de sacrificios, y concentrarme en el presente. Ese buen ambiente flotaría extendido por toda la casa, pensé, yo lo respiraría, también iba a alcanzarme a mí.

Las jornadas pasaban rápido, eran ligeras, agradables, todo en armonía. Clément se encargaba de pasar el plumero, no iba a servir solo la sopa. El hecho de desarrollar mi trabajo en un lugar tranquilo y bonito, hacía que el ánimo se mantuviese en buen estado de salud. Mi primera mañana libre, Anna tuvo la amabilidad de llevarme a la Torre Eiffel, “la dama de hierro”, como me dijo que la llamaban desde su año de construcción, para celebrar el centenario de la Revolución Francesa. Anna me contó que cuando comenzaron a construirla muchos artistas la calificaron de “monstruo” y al final terminó irguiéndose como el emblema de la ciudad. Me fascinó. Parecía que estaba dentro de una película o del mecanismo de un reloj, rodeada de

aquellos engranajes de hierro perfectamente acoplados unos con otros. Después paseamos hasta la Plaza de la Concordia, para ver el obelisco de Luxor (yo no sabía de su existencia), hasta que llegamos a los Campos Elíseos. Perdida entre tanta grandiosidad tenía la impresión de que París iba a engullirme.

Recibí una carta de mis padres.

Olaya:

Nos hemos llevado una sorpresa cuando las monjas nos han dicho que te habías ido de allí para trabajar en París. Valentín habrá tenido algo que ver en esto. Cuando nos contestes ya nos dirás cómo ha sido todo y a qué te dedicas, a las monjas solo les dejaste tu nueva dirección.

Nosotros estamos bien, hace frío, pero hay cosas peores. Ya llevamos tiempo aquí, nos hemos acostumbrado.

Esperamos tu respuesta y que te estés ganando la vida honradamente.

Y después venían las dos firmas al final de la carta.

Me di cuenta de que había leído la misiva con absoluta indiferencia. Que hacía frío, bien; que se habían acostumbrado a él, bien; que estaban bien, pues muy bien. Yo me había licenciado en frío, en trabajar y en tener que acostumbrarme a las circunstancias, y todo a solas. Ellos estaban bailando una lenta, yo, una danza acrobática sin colchoneta en el suelo.

Al principio contestaba a mis padres el mismo día que recibía sus cartas, después fui espaciando mis respuestas. Dejé la carta en el cajón de la mesita de noche. Ya les escribiría.

Ese viernes me desperté como si fuese mi cumpleaños o la mañana de Reyes, estaba muy emocionada. Sentía una gran zozobra y cosquillas en el estómago. ¡Valen llegaría a París por la noche! ¡Por fin! Juntaríamos toda la tarde del sábado con la mañana del domingo. Poitiers solo estaba a poco más de tres horas de París, era factible que nos encontrásemos de vez en cuando.

Yo ya había cumplido veintiún años y no le veía desde los dieciséis. Cinco años raros, como en otra realidad, sin mi hermano, sin su compañía. Cuando le vi bajar del tren corrí hacia él y me estampé contra su pecho. Tuvo que recular varios pasos para que no nos cayésemos al suelo. Me levantó en volandas y se puso a dar vueltas. Volví a sentirme protegida. Valen estaba guapísimo, interesante, hablaba perfectamente el idioma, había desarrollado ese estilo bohemio único de los franceses. Por mi sonrisa supo enseguida que yo me encontraba bien. Caminamos un buen rato y después nos sentamos en una cafetería de esas que se extienden a lo largo de los muelles del Sena para tomar un chocolate caliente. Por sorprendente que pueda parecer, él visitaba París por primera vez aun viviendo tan cerca, así que yo actuaba de guía y él de intérprete, aunque después de dos meses allí, ya comenzaba a defenderme con el idioma, tenía facilidad para ello.

Resultó un fin de semana encantador en el que fue inevitable que surgiese el tema de la muerte de Regina. Valen y yo nos cogimos de las manos y lloramos juntos por ella. Al recordarla evocamos lo mejor, no había mucho malo que decir, la verdad; era un ser generoso, retraída, pero se implicaba enterita con quien la requiriese. Exhalaba paz. Quizá por ser tan buena, Dios la quiso a su lado cuanto antes. Cada uno se consuela como puede...

El fin de semana pasó como un relámpago. El abrazo de despedida fue aún más intenso que el del reencuentro. Creí que me quedaría pegada a mi hermano, pero no quedaba más remedio que separarse, debíamos seguir con nuestras vidas, aunque seguros de que no estábamos solos, de que nos queríamos siempre.

Al llegar a casa me crucé con Marguerite por el pasillo cuando me dirigía a mi habitación a cambiarme de atuendo. Ella se detuvo, tomó mi mano izquierda, extendió mi brazo y me miró de arriba a abajo con un gesto de análisis. Me quedé quieta, desconcertada, mientras la seguía con la mirada.

—Hoy era el día que se tu hermano regresaba a Poitiers, ¿no? —me preguntó sin dejar de observarme.

—Sí, señora, ya hace rato que tomó el tren, ojalá no tuviéramos que despedirnos, pero me siento muy feliz, hemos vuelto a vernos después de cinco años.

—Me alegro mucho, Olaya. Y supongo que habéis estado por el centro, paseando por París...

—Claro. Ha sido emocionante, señora. Mi hermano no lo conocía.

Entonces, Marguerite tocó la tela de mi vestido beis, la examinó y me hizo dar una vuelta para verme por completo. Me extrañé. Preguntó qué número de pie tenía. Le dije que el treinta y siete. ¡Perfecto!, exclamó, ¡el mismo que yo! Hizo que la acompañase a su habitación. Allí buscó dos vestidos, tres pantalones, un par de faldas, varias camisas y jerséis y una gabardina muy estilosa. Después fue a por el calzado: unas botas, dos pares de zapatos planos y unos negros de salón. También un bolso informal y otro de vestir. Lo último que sacó fue un traje de fiesta de terciopelo negro. Me dijo que lo cogiera todo y que lo guardase en mi ropero para que tuviera dónde elegir la próxima vez que saliese a pasear. Yo permanecía atónita. Marguerite pellizcó mi barbilla con la mano derecha y dijo: *Eres muy joven y bonita, trabajadora. Aprovéchalo, Olaya. A disfrutarlo.*

—Señora, yo no puedo aceptar...

—No se trata de que puedas o no. Es que esto ya es tuyo —me guiñó un ojo—. ¡A disfrutarlo!

—*Merci beaucoup* —agradecí, ruborizada.

¡No podía creerlo! ¡Ni con el sueldo de dos años me habría alcanzado para comprar aquellas monadas! Todas procedían de las tiendas a cuyos escaparates siempre pegaba la nariz, pero donde jamás me atrevía a entrar.

Cuando llegó Anna a nuestra habitación se lo enseñé todo. No se

sorprendió. Me dijo que la señora era muy generosa, que a ella solía darle un plus en el sueldo para que pudiera enviárselo a sus padres, ya mayores. Bastaba ya de miedos, prejuicios y represiones. Había mucha gente bondadosa en el mundo además de mi querida Evarista y era bueno abrirse a ella.

Con lo que me regaló la señora y lo que yo me iba comprando —pañuelos, gorros o guantes y ropa muy *chic* que encontraba por poco dinero en los mercadillos de ropa *vintage* de segunda mano—, fui definiendo mi propio estilo. Cada vez me gustaba más a mí misma. El toque definitivo, fue ir a la peluquería y atreverme con una melena *bob*. ¡Parecía otra ante el espejo! Me entraron ganas de reír. ¿Aquella era Olaya?

Una tarde iba paseando con los niños y nos detuvimos para que mirasen algunos juguetes en una tienda. Me topé de improviso con mi reflejo en la luna del gran escaparate. Me costó reconocerme. Primero vi a una chica desconocida y después me di cuenta de que esa chica era yo. ¡Qué sensación tan extraña! Al acercar el rostro al cristal me llegó la calidez de mi aliento, distinguí el rojo de los labios, encogí los hombros y percibí el olor de mi perfume en el cuello de mi abrigo. Ahondé en el fondo de mis ojos. Me vi de verdad. Me vi con más nitidez que nunca. Con todos los sentidos.

Los señores trataban con gente de todo el mundo. Cuando estaban desbordados, inmersos en el trabajo del estudio, recurrían a mí para que me ocupara de las llamadas de teléfono. Ya hablaba francés, inglés y español. Hubo un momento en que en eso llegó a consistir prácticamente mi trabajo. Era como la secretaria de los señores. Atendía todas las llamadas al estudio estuvieran ellos o no, les informaba de lo concerniente a sus agendas, si había llamado algún artista, proveedores, galeristas, promotores, diseñadores de interior para las exposiciones... Los señores trabajaban en las capitales y principales ciudades de Europa. Yo estaba al tanto de todo. Poco a poco fui conociendo a la perfección cómo funcionaba aquel negocio, aunque, desgraciadamente, no estaba dotada para la creación. El arte se lo dejaba a los artistas, como Marguerite.

Les escribía a mis padres haciéndoles ver mis progresos en la vida, como ellos deseaban. Pero ya no lo hacía por deferencia hacia ellos ni para que se sintiesen orgullosos de mí, sino por orgullo, sí, lo reconozco, orgullo. Era una forma de desquitarme. De todas maneras, la respuesta siempre era la misma: *Bien, Olaya, bien. No esperamos menos de ti.*

“No esperamos menos de ti...” ¡Les producía urticaria dar una palmadita en la espalda!

Llevaba cerca de tres años trabajando en casa de los Marcoux, cuando los señores me comunicaron que iban a abrir una nueva galería. Sería en Madrid, con un socio y amigo galerista. Me propusieron trabajar en ella gestionando los asuntos administrativos que había llegado a conocer tan bien y, como la propia Marguerite expresó, por mi conocimiento de los idiomas y la buena imagen que ofrecía (para aquel entonces ya me había arreglado la dentadura). La idea me encandiló. Creí que me había dormido en el cine y estaba oyendo de lejos la buena suerte de la protagonista. Comencé a idear sobre la marcha, a fantasear, eso siempre me atraía buenos resultados.

—Y bien, Olaya. ¿Qué contestas? —preguntó Marguerite.

—¿Que qué contesto? —arqueé las cejas— Que no me lo puedo creer, que esto es un sueño. ¿Están ustedes seguros?

—Si no, no te lo habríamos propuesto —contestó Paul—. Lo importante es que también lo estés tú.

—¡Yo sí! ¡Sí! ¡Muchas gracias, señores!

—Esa es otra —dijo Paul—. Nosotros no somos tus señores. Somos Marguerite y Paul, ¿de acuerdo? Ahora trabajamos en la misma empresa.

—De acuerdo —me temblaban las manos.

—Tranquila, Olaya. Todo irá bien —intervino Marguerite—. Eres una chica trabajadora y, como me dijiste el día que te conocí, aprendes rápido.

—Sí —suspiré.

—Pues ve preparando las maletas porque en cinco días partimos hacia Madrid para ver el local, comenzar con el diseño del interior..., en fin, tú haz las maletas. Ya te iremos contando. Dispondrás de un apartamento cerca de la galería con un alquiler que te puedas permitir de sobra con tu nuevo sueldo. Todas estas cuestiones las aclararemos en el avión.

Corrí a contarle la noticia a Anna. Me felicitó sinceramente, aunque sabía que eso supondría separarnos. En esos años llegamos a ser amigas de verdad, un apoyo la una para la otra, me dolía despedirme, pero ella sabía tan bien como yo que no debía perder esa gran oportunidad.

Estaba feliz, algo asustada, pero feliz. Después de tanto tiempo, iba a volver a España.

Al evocar esos momentos tan felices de mi vida con el cadáver de mi madre delante, volví a sentir la necesidad de haber celebrado las buenas noticias con ella, compartido mis temores, haberle llorado cuando estaba agotada y pasaba hambre... Me di cuenta de que nuestra existencia había sido un continuo desencuentro. Almas orbitando en el mismo universo, pero separadas por un abismo; primero, una corriendo tras la otra, después, las dos de espaldas.

¿Por qué esa ausencia aun estando bajo el mismo techo?

¿Por qué esa falta de brillo en sus ojos al mirar a sus hijos?

¿Por qué buscaron la distancia, la separación?

Por qué no se lo dije, por lo menos a mi madre, tal y como lo pensaba.

Todas estas preguntas las derramaba en las cartas que le escribía a Valen. A Evarista no quería complicarle la vida. En todas las cartas a mis padres la mencionaba, le mandaba abrazos, preguntaba por ella. Nunca recibí un mensaje suyo. Seguro que no le llegaron mis palabras. Ahí se erguía la impronta de los celos. Pero eso se piensa antes.

¿Y ahora qué, Serafina? —observé a mi madre dentro de su caja, dispuesta para el largo viaje— ¿Y ahora qué, madre? Me resulta difícil creer que no te fueses tras tu Fabián hace nueve años. ¿Te dio miedo? ¿Iba contra la ley de Dios? ¿O es que acaso notaste algo de sosiego? No te escandalices, madre de cera, no es un pecado sentir alivio al acariciar la libertad. ¿Crees que estoy desvariando? No deseo que te revuelvas en tu ataúd. No he venido aquí para ser cruel, sino porque a ti sí necesitaba volver a verte; porque fue tu vientre el que me albergó, el que me alimentó cuando el calor y la sangre aún brotaban de tu cuerpo; porque quiero que sepas que cada vez que en mi vida ocurría algo bueno, pensaba en ti.

¿Hubo amor, madre? Ya puedes decírmelo. Has perdido la vida, ¿qué más tienes que perder? Mi padre no tiene por qué enterarse. Tal vez tuve que hacerte esta pregunta antes de que fueras una madre de cera. Ahora nunca lo sabré... Nunca lo sabré.

Entonces, ¿quién era yo?

Padre de hielo, madre de mármol;
padre iceberg, madre de piedra.

Padre, nieve lejana;
madre, eterna estatua.

Olaya hija: obediencia, sed de amor. Billeto de ida.

Olaya sola: frío, cartas, tierra extraña, olor a vela.

Olaya al fin: imagen en un retrato. Billeto de vuelta.

Ya en España, durante el recorrido en taxi hacia la futura galería, me iba dejando los ojos en los edificios, los paseos, las fuentes... Pero, a pesar de que me encantó Madrid (y me encanta, sigo viviendo allí, ya me siento parte de ella), no causó en mí el mismo impacto que mi primera visión de París. Yo llegué a Francia desde los grises y a Madrid lo hice desde los dorados.

El local era estupendo, amplio, diáfano, con grandes cristaleras que invitarían al público a mirar desde el exterior. Eso sí, necesitaba una buena reforma; una gran reforma. Las paredes estaban plagadas de magulladuras, la pintura caía descascarillada por el abandono y la humedad —aparte de que el color quedaba fuera de lugar en el tipo de negocio que iba a ser— y del suelo mejor ni hablar. Tan solo parte de él estaba cubierto de baldosas, el resto estaba aún en cemento, como si hubiesen añadido *a posteriori* esos metros al local. También había que cambiar la puerta. En definitiva, otorgarle a todo un toque original y elegante, con clase, que apareciese como una tentación ante los ojos de los transeúntes. Por otra parte, era necesario habilitar una estancia que sería mi despacho, donde yo pudiese desarrollar mi trabajo al margen de la exposición.

Cuando llegamos al recinto nos estaba esperando en la puerta el socio de Paul y Marguerite, Alberto. Aunque no guardaba ese aspecto parisino al que me había acostumbrado y tanto me gustaba, sí tenía ese aire peculiar de las personas dedicadas al arte, que siempre desprenden algún detalle que les distingue, ya sea en la indumentaria, el *look* e, incluso, en el lenguaje corporal. Y en la mirada, por supuesto. Lo cierto es que me agradó. Fue Paul quien nos presentó. Yo iba a estrecharle la mano directamente, pero él, al mismo tiempo, me dio un beso en cada mejilla, a la vez que lucía una amplia y perfecta sonrisa. Me ruboricé y, al hacerlo, sentí vergüenza, como si me hubiesen pillado *in fraganti*, pero, ¿haciendo qué? Estaba claro que la timidez no se me había quitado de golpe por muchos idiomas que hablase. Podría habérmela dejado en el avión...

Soltamos las maletas en el establecimiento y acudimos a comer a un restaurante italiano que nos recomendó el propio Alberto. La comida resultó deliciosa y la sobremesa un gustazo. Yo prefería callar y observar. Me deleité escuchando las conversaciones que mantuvieron sobre las últimas tendencias en arte, los pintores que comenzaban a hacerse un nombre en el mundillo, las

jóvenes promesas, el vanguardismo de la escultura, en la que ya se utilizaban todo tipo de materiales y, también, por qué no, Alberto nos puso al día sobre los lugares de moda en los que disfrutar de una exclusiva cena y dónde ir después a tomarnos un buen *cocktail*.

Tras ese par de horas de solaz, nos dirigimos de nuevo a la futura galería. El establecimiento tenía una ubicación excelente, cerca de la zona de los museos, a pedir de boca. Marguerite me había informado en el avión de cuál sería mi sueldo y el precio del alquiler de mi apartamento. Estaba cercano a mi lugar de trabajo, las vistas daban hacia la estación de Atocha. Alberto se había encargado de resolver la elección del inmueble y gestionar el alquiler. Estaba totalmente equipado, yo solo tenía que aportar mi equipaje. Lo recogimos y fuimos a verlo. Era una cucada. El salón, con cocina americana, daba hacia la avenida y el cuarto de baño tenía bañera. Había dos habitaciones, una pequeña y la mía, que era como tres veces la celda de Inglaterra, con un espléndido armario empotrado. La decoración me pareció refinada. Me entusiasmó. Le di las gracias a Alberto por su buen criterio. Él sonrió satisfactoriamente. Me sonrojé de nuevo. Alberto también. Fue amor a primera vista.

El resto de la tarde, mientras Paul y Alberto dilucidaban varias cuestiones administrativas relacionadas con el local, Marguerite y yo nos dedicamos a buscar el color para las paredes. Creo que llegamos a tenerlos en cuenta todos, hasta que al final coincidimos en quedarnos con el blanco, exceptuando uno de los muros que iría en negro, ya decidiríamos cuál. También resolvimos repartir en lugares estratégicos de la galería varios sofás de dos plazas con tapizados distintos. Marguerite pensó que, además de para contemplar las obras, vendrían muy bien en el caso de las exposiciones especiales, que suelen ser como una especie de fiesta donde se invita a gente elegante, adinerada y que muchas veces asiste solamente para que se les vea en un evento así y salir en las revistas. Se sientan a charlar mientras lucen sus mejores galas, observan al resto de asistentes y toman una copa de champán.

Me sentía tan feliz que me quería morir; morir para nacer de nuevo y revivirlo todo otra vez, aunque aquello supusiese cruzar a nado de nuevo el mismo río largo y sinuoso que había atravesado desde que dejé España con dieciocho años.

En esa misma época, mis padres se trasladaron a una casa de huéspedes en la que habían alquilado una habitación, tenían teléfono comunitario, de esos de echar monedas. En cuanto estuve instalada, les llamé para contárselo todo y darles mi nueva dirección y mi teléfono, igual que había hecho con Valen. Cuando mi padre se puso al aparato le saludé, le conté que vivía muy bien en Madrid y el trabajo que tenía. Esperaba que se sorprendiera de forma grata. Él se lo iba radiando a mi madre. Al parar de hablar, la contestación de mi padre fue la siguiente: *¡Hay que ver! ¡No paras en ningún sitio! Nosotros te seguiremos escribiendo cartas, que el teléfono es muy caro. Te paso a tu madre.*

Ella cogió el auricular y me llamó a voces.

—¡Olaya! ¡Olaya!

—Sí, estoy aquí, mamá, no es necesario que grites, te escucho bien.

—¡Hija! ¡Al final vas a dar la vuelta al mundo! ¿Así cómo piensas casarte, Olaya?

—Ahora no estoy pensando en eso, mamá.

—Pues piénsalo. Ten cuidado y que no te tomen el pelo, ese trabajo parece

demasiado bueno para una muchacha de pueblo y sin preparación como tú. Nosotros te seguiremos escribiendo, ¿eh?

¡Y colgó!

Me quedé con el “mam...” pegado al cielo de la boca, el tin, tin, tin, tin... del teléfono como banda sonora, el auricular colgando de la mano derecha y con un poquito, solo un poquito, de escarcha en el corazón.

Así fue la primera vez que escuché las voces de mis padres en siete años. Y ellos la de su hija.

La reforma del local avanzaba velozmente, cobró vida propia, hasta que quedó como un pincel. Había llegado el momento de elegir un nombre para la galería. Como los dueños eran Marguerite y Paul, ellos tenían la última palabra, pero nos dieron a Alberto y a mí la oportunidad de opinar. Los cuatro estábamos de acuerdo en que el nombre debía llevar incorporada la palabra “arte”. Empezamos a darle vueltas a esa idea y entonces se me ocurrió “SoloArte”, así quedaba bien claro que quien entrase allí era eso lo que iba a encontrar, arte, ni baratijas ni birrias, solo arte. El concepto les encantó a los tres y ese fue el nombre que se le puso a la galería. Me sentí útil, muy honrada de que mi propuesta les hubiera gustado. Pensé que, tal vez, algún día, algo de mí formaría parte del paisaje que admirase una chiquilla asustada, pero llena de esperanza y de vitalidad.

Un gran letrero se estampó en los dos escaparates que flanqueaban la puerta:

SoloArte

Los primeros cuadros que colgamos fueron los de Marguerite. Después llegaron las obras de los artistas a los que invitó Alberto y las de los clientes de Paul que, en este caso, había añadido tres esculturas a la exposición. En cuatro meses estábamos preparados para abrir. Me sentía desbordada. Una llamada tras otra, papeleo, transportistas y mil cosas más. Marguerite y Paul viajaban los fines de semana a París para ver a los niños. Anaïs ya había comenzado la universidad. También se les veía agotados. Ahora comprendía bien aquellas palabras de Marguerite cuando me dijo que una exposición siempre era motivo de ilusión y también de estrés, ¡pero es que encima se trataba de la inauguración!, asunto del que, asimismo, había de ocuparme, asegurándome de que las invitaciones llegasen a sus destinatarios y de que el catering que había dispuesto Marguerite estuviese a punto. Y, por otra parte, por qué no, también me apetecía brillar con luz propia.

De aquella chica gris con vestido beis, solo quedaba el blanco de sus ojos.

En esos cuatro meses yo también me había estado viendo con alguien los fines de semana. Alberto y yo nos volvimos inseparables. Nos entendíamos muy bien, estábamos unidos por nuestros sentimientos y por la dedicación al mismo negocio, aunque realizásemos distintas funciones. La relación iba para adelante, pero aún no lo sabía nadie. Yo nunca había tenido pareja y esa falta de experiencia me paralizaba por temor al fracaso o al juicio ajeno. Lo llevaba en las venas. La noche de la inauguración resultó evidente que a Alberto y a mí nos unía algo más que una amistad. Paul y Marguerite observaron nuestros gestos de cariño. No tenía sentido ocultar nada, sobre todo porque ya no se trataba de esas primeras citas en las que es mejor no dar pábulo a las habladurías por si la relación no continúa.

Para hacerle un homenaje a Marguerite, me colé aquel vestido de fiesta que me regaló en París cuando yo no tenía apenas qué ponerme. Las dos nos miramos con complicidad. “Olaya de Santa Sierra, de Birmingham, de París y de Madrid”, flotaba entre las luces y los vestidos de fiesta, invadida por la mezcla de perfumes exquisitos que seducían al aire, incluido el propio.

La inauguración resultó un éxito. Vendimos dos esculturas, un cuadro de Marguerite y varios del resto de los artistas. Los Marcoux estaban muy contentos. Se lo merecían. Eran buenos profesionales y grandes personas. Después del evento regresaron a París. Alberto y yo nos quedamos como responsables de la galería. Cada uno conocía bien sus competencias y ninguno se inmiscuía en las del otro. Los sábados por la noche solíamos ir al cine, uno de ellos Alberto vino a recogerme en su coche. Me dijo que hacía frío y no le apetecía coger el metro. Comenzó a dar vueltas por Madrid hasta que me di cuenta de que no se dirigía al cine. Aparcamos el coche en un *parking* público y me condujo hasta un restaurante de moda en La Latina, muy solicitado. Alberto había hecho la reserva dos semanas antes. El lugar me pareció encantador y la comida exquisita. Tenía esa fama con fundamento.

Antes de que sirviesen el postre me levanté para ir al baño. Al regresar a la mesa descubrí una cajita de carey al lado de mi copa de vino. Cajita y vino parecían del mismo color. Me quedé mirándola con pánico. Al verme en estado de enajenación, Alberto tomó la caja.

—Olaya, sé que no llevamos mucho tiempo de relación, pero es el tiempo lo que deseo que pasemos juntos —calló un instante para tomar aire—. ¿Quieres casarte conmigo?

Me ardían las mejillas, sentí los pies congelados, comencé a notar un picor que se extendía por todo mi cuerpo. Me levanté sin decir nada y salí pitando hacia el cuarto de baño otra vez. Allí respiré profundamente varias veces. Eso me tranquilizó. Estuve razonando unos segundos con mi reflejo, mi mejor consejero. Él me dijo que sobre esa decisión no se podía razonar, que el amor no se razona, se razona lo que conviene o no. Mi respuesta debía venir dada por el corazón. Al ver de qué manera le brillaban los ojos a mi reflejo, tuve clara la contestación. Regresé a la mesa. Ahora era Alberto quien tenía cara de pánico.

—Sí. Quiero casarme contigo —le respondí—. Abrí la cajita para descubrir la joya y Alberto me colocó en el dedo el precioso anillo que contenía.

—¡Dios mío, Olaya! —suspiró— ¡Creí que me ibas a mandar a tomar vientos a la sierra!

“Sierra...” Por qué habrá tenido que pronunciar esa palabra, me dije. Sacudí aquel pensamiento de mi hombro como si fuese una brasa y recibí el beso de Alberto. Estaba comprometida.

Era noviembre. Nos pareció buena idea casarnos en la primera quincena de mayo, con el buen tiempo, además, en esa fecha se cumpliría aproximadamente un año de nuestra relación. En cuanto llegué a casa telefoneé a Valen. Se puso muy contento, nos deseó toda la felicidad del mundo. Me rogó que le confirmara la fecha cuanto antes para pedir permiso en el hotel y asistir a la boda. Yo también me alegré por él, después de tantos años trabajando en el mismo puesto, me anunció que le habían ascendido. Ya no tenía que llevar maletas piso arriba piso abajo, ahora trabajaría tras el mostrador de la recepción. Valen había comenzado limpiando habitaciones.

Aquella misma noche llamé a mis padres, a pesar de la hora. Supuse el sosiego que sentiría mi madre dada la preocupación que tenía porque me quedase soltera. Fue ella quien cogió el teléfono.

—Soy yo, mamá. Olaya.

—¡Olaya! ¡Olaya!

Volví a repetirle lo mismo que unos meses atrás, que no hacía falta que gritase, que la oía bien.

>>¿Qué pasa? ¿Cómo llamas a estas horas?

—Alberto, mi novio, acaba de pedirme matrimonio.

—¡Hija, no sabes el alivio que me das!

—Nos casamos en mayo.

—¿Cómo? ¿En mayo?

—Sí, mamá. A ser posible en la primera quincena.

Y escuché cómo le decía a mi padre: *Que Olaya se casa en mayo, Fabián.* Entonces mi padre le quitó el teléfono y me alcanzó su brusquedad a través del auricular.

—¿En mayo? ¿En este mayo que viene?

—Sí, papá. Hola.

—¿Por qué tan pronto? ¿Estás embarazada?

—No —apreté las mandíbulas—. Me caso por amor.

—Bueno, bueno, pues no creo que para mayo hayamos vuelto a España tu madre y yo. Ya veremos. Que tengas mucha suerte.

Y colgó.

En aquella ocasión no me quedé con el auricular colgando de la mano, por poco me lo cargo de la rabia con la que lo estampé contra el sofá, rebotó en él y cayó al suelo. Luego me pregunté a mí misma en voz alta si no había aprendido nada. Recogí el auricular, lo coloqué sobre el teléfono con sumo cariño y me fui a dormir toqueteando mi anillo.

La boda se llevó a cabo en la fecha prevista con la presencia de nuestros amigos, de Marguerite y Paul como asistentes excepcionales, de Valen y de la familia de Alberto. Yo mantuve hasta el final la esperanza de que mis padres asistieran —era como si buscara en un buen gesto su redención—, pero no fue así. Mi padre había jurado no pisar España hasta reunir la cantidad de dinero que él se había propuesto para cumplir sus objetivos; pasara lo que pasara. Y así lo hizo. Mi suegra me acompañó a elegir el vestido y me ayudó con todos los preparativos del enlace. Mi hermano me llevó al altar. Puede que les echase de menos, puede que hasta me doliese, no sé, no quise planteármelo ese día, solo dejé que el hecho se acumulase en el cajón de los sentimientos con la etiqueta de “padres” y ahí permaneció, mezclado junto al resto de mi vida con ellos; con “papá y mamá”.

A los dos años de casarnos me quedé embarazada. La noticia nos hizo muy felices, llevábamos un tiempo deseándolo. Estuve pensando qué hacer y al final decidí no informar a mis padres. Continuaban en Alemania. Como se trató de un embarazo de riesgo y con escasez de líquido amniótico, la ginecóloga me advirtió de que el bebé debía nacer mediante una cesárea programada. Tampoco les llamé. La semana antes de que tuviera lugar el nacimiento, les envié una carta diciéndoles que iban a ser abuelos. Dejé en sus manos el hecho de asistir o no, sabía que sucedería lo mismo que en la boda.

Tuvimos un niño. Elegí el nombre de Héctor para mi bebé. Me gustaba la idea de que mi hijo fuera tan valiente y honorable como aquel héroe troyano, deseaba que desarrollase el sentido de familia y de responsabilidad que tenía el Héctor épico.

Meses después, tras nueve años en Alemania, mis padres regresaron a Santa Sierra. Fue la única vez que me llamaron por teléfono, para confirmarme que ya estaban en el pueblo y para que se lo dijera a mi hermano, habían perdido toda relación con él. Valen ya conocía a su sobrino, así que obvió la información que le di sobre nuestros padres y me sacó el tema del bebé, rogándome antes que no volviese a hablarle de ellos. Por esto mismo no le comuniqué la muerte de nuestro padre, pero ahora que había muerto nuestra madre sí tenía que contárselo, debíamos realizar todas las gestiones y papeleo referentes a la herencia.

Le dije a Alberto que me gustaría ir a Santa Sierra para que mis padres conocieran a Héctor. Y también Evarista, que se lo merecía más que nadie. Él no entendía mi insistencia en la relación con mis padres, en darles lo que no se habían ganado, pero no puso impedimentos. Preparé el equipaje para el fin de semana. Solo Héctor con cinco meses necesitaba más bártulos que nosotros dos juntos; la cuna de viaje, la trona, la maleta con su ropa, el bolso con los cereales, biberones, pañales, toallas... Era mirarle y me salía la sonrisa tonta. Babeaba más que él. Estaba inquieta, además de a su nieto, mis padres también iban a conocer a Alberto. Demasiado tiempo sin vernos y numerosos sucesos en medio. Yo tenía verdaderas ansias por abrazar a Evarista. Hicimos un viaje de seis horas hasta llegar a Santa Sierra. No había avisado, quería llegar por sorpresa.

Aparcamos frente a la casona, a la sombra de una vieja higuera que llevaba ahí toda la vida. De niña se me irritó la piel más de una vez con el roce de sus hojas cuando pretendía subirme a ella. Le pedí a Alberto que dejara el equipaje para después. Sacamos al bebé del coche y nos dirigimos a ver a mis padres. Yo llevaba a Héctor en mis brazos.

Me desconcertó estar otra vez frente a la fachada de aquella casa, frente a su puerta, por la que salí con mi maleta, mis tres vestidos y mi miedo. Volví mejor acompañada.

Eran cerca de las dos de la tarde. Llamé al timbre. Me temblaban las piernas. Esperé. Volví a llamar. Escuché unos pasos que se acercaban. No percibía mis latidos en el pecho, me palpitaba la garganta. La puerta se abrió. Tras ella apareció mi madre. Nos miramos. Debí quedarme solamente con las pupilas. Sentí frío. Permanecimos calladas y muy quietas durante unos segundos. Escuchaba mi corazón gritar en las sienas.

—¿Olaya? —preguntó mi madre mientras me miraba de arriba a abajo, rompiendo aquel silencio tan penoso.

—Sí, madre, soy Olaya. A no ser que tenga una doble y no lo sepa — bromeé de puros nervios.

Mi madre no gesticuló. Permaneció inmóvil. Yo detuve el paso que iba a dar hacia adelante para besarla.

—¿Estos son...

—...Alberto, mi marido, y Héctor, tu nieto —interrumpí, mi tono de voz había cambiado.

—¿Qué pasa, Serafina? ¿Quién es? —escuché a mi padre de fondo. Su voz me descolocó, hizo que volviera a sentirme como si jamás hubiera salido de allí, igual que la niña dócil y temerosa que debía agradar sin llamar la atención. De repente me sorprendí examinándome por dentro y por fuera para ver si todo estaba en orden, hasta que detuve el viaje temporal y fui consciente de que no tenía que rendirles cuentas de nada.

Durante ese lapso, mi madre permanecía subida en el escalón de la puerta, sin acercarse siquiera a conocer a su nieto.

—¡Es Olaya, Fabián! —contestó mi madre.

—¿Olaya? ¿Y por qué no ha avisado de que venía?

—¡Viene con su marido y su hijo!

Alberto, Héctor y yo continuábamos en la puerta de la calle. Ellos dialogaban a voces. Ellos.

—¡Pues más motivos para avisar! —gruñó mi padre.

Me hundí en la vergüenza al contemplar la cara de Alberto. Me sentí absolutamente ridícula.

—Tu padre tiene razón, Olaya —resolvió mi madre—, deberías haber avisado. No tengo avío para tantos. Y ya sabes que a tu padre no le gustan las sorpresas.

—Hemos hecho un viaje de seis horas, madre —mi voz sonó como el ronco sonido de un derrumbamiento desde el fondo de una mina.

—A las afueras han abierto un restaurante de carretera, de esos donde paran los camiones. Ponen buena comida. Podéis ir allí y dentro de un par de horas volvéis, cuando tu padre se haya levantado de la siesta.

No se me cayó la barbilla hasta el pecho porque no soy un dibujo animado.

—Por lo menos podías asomarte a verle la carita a tu nieto —balbuceé con rabia, las aletas de la nariz desplegadas, la mirada de acero. Era la primera vez en mi vida que le hacía frente a mi madre.

Mamá esbozó una sonrisa de compromiso con un matiz de bochorno. Se inclinó sobre Héctor y exclamó: *¡Sí! ¡Claro! ¡Es muy mono! Enhorabuena, Olaya, espero que se te críe bien. Enhorabuena a los dos*, miró a Alberto.

Sentí un cisma interior, un cabreo profundo que se extendió dentro de mí igual que una marabunta, distinto a todo, a cualquier afrenta que hubieran podido hacerme. Mi rictus varió. Noté cómo mi cara se volvía de diamante.

—¿Estás segura de que quieres que nos vayamos, madre? —la miré a los ojos en un puro desafío.

—Es mejor, Olaya. Ya has oído a tu padre. Luego nos vemos con más tranquilidad.

Asentí con la cabeza. Mis pupilas eran flechas. No pude evitar que me doliese el corazón, pero sí que se me notase.

—Hasta luego entonces —se despidió.

—Adiós, madre.

Me miró unos segundos más y cerró la puerta.

Alberto cogió a Héctor, pues en cuanto mi madre cerró la puerta ya si se me podía ver visiblemente afectada. Me apoyé contra la fachada de la maldita casa durante unos minutos. Solo necesitaba eso, unos minutos para recomponerme, respirar, sin hablar, grabarme a fuego lo que acababa de ocurrir y no olvidarlo nunca; respirar otra vez, para que cuando exhalase el aire saliese con él toda la negrura que me estaba atenazando la garganta. Cuando me recobré, nos acercamos a casa de Evarista, que estaba a unos cien metros. Si antes tenía ganas de verla, ahora pensaba que era lo único por lo que había merecido la pena volver allí.

No puedo explicar con palabras su reacción de alegría al verme y el cariño con el que tomó a Héctor en sus brazos. Después saludó a Alberto, que sujetó al bebé para que ella y yo pudiéramos abrazarnos. Fue un abrazo largo, de esos de verdad, herméticos, de los que se necesitan. Evarista nos invitó a entrar enseguida y pasamos hasta la cocina.

—¡Sentaos! —exclamó, señalando la mesa— Supongo que ya habréis comido...

Alberto y yo nos miramos con un gesto de ironía. Preferí callarme lo que estaba pensando.

—No —respondimos al unísono.

—Pues voy a improvisar un buen almuerzo, os vais a chupar los dedos. Ya veréis —aseguró sin perder la sonrisa.

Evarista se puso manos a la obra. Alberto aprovechó para ir al coche a por el bolso de Héctor. Me recreé en ese querido escenario donde había estado tantas veces, en cuerpo y, después, con la distancia, en alma. Paseé la mirada por aquella cocina en la que había sido tan feliz. Respiré mi infancia, el olor de las horas compartidas. Observé cómo Evarista se movía por la estancia, su predisposición, la pulcritud con la que lo hacía todo. La escuché tararear una musiquilla mientras se afanaba en preparar la comida, estaba muy contenta. Apreté los labios cuando se me vinieron a la memoria la imagen de mi madre en la puerta de la casa y la voz de fondo de mi padre. Cerré los ojos. Vi dibujadas en mi mente una cruz y una raya.

Alberto regresó enseguida. Le preparé el biberón a Héctor y él se lo dio mientras yo ponía los platos, los vasos y los cubiertos. Y fue cierto: nos chupamos los dedos. Evarista puso sobre la mesa tres fuentes de barro; una repleta de huevos fritos con chorizo, otra con pimientos asados y rodajas de tomates frescos, con sal gorda, y la última con rebanadas gigantes del pan blanco del pueblo. Todavía conservaba la jarra de cristal labrado donde el agua siempre me supo distinta. La más rica del mundo. De postre sacó naranjas y partió un melón. Aunque ya no podíamos comer más, y para el café nos ofreció bizcocho del que había cocinado el día anterior. Aún estaba tierno y sabía a casa. Conversamos tranquilos durante la comida, Héctor nos lo permitió, en cuanto terminó el biberón, expulsó sus aires, se hizo caca y, una vez limpio y fresquito, con la barriga llena, le colocamos en su carrito y durmió como un lirón.

—¿Qué tal todo, Olaya? —preguntó Evarista— ¡Contadme! Ni tus padres ni yo hubiéramos imaginado semejante sorpresa. ¿Cómo han reaccionado ante vuestra llegada? Verte después de tanto tiempo, conocer a su nieto, a Alberto...

—Nos han dicho —interrumpí a Evarista porque me estaba poniendo negra solo con pensarlo— bueno, nos ha dicho mi madre por decreto de mi padre, que nos fuésemos a comer al restaurante de carretera, que volviéramos después de la siesta —contesté con tono cáustico.

—¡Venga ya, Olaya! —rió— Cuéntame, anda, hacía tanto que no os veáis...—insistió Evarista riendo, incrédula.

—Vale. Te lo cuento mejor. Mi madre ha abierto la puerta, se ha asomado a ver a su nieto porque yo se lo he sugerido y mi padre ni siquiera ha salido a saludarnos. Ha sido él quien le ha dado a mi madre las instrucciones de lo que teníamos que hacer, lo que te he dicho antes, lo del restaurante de carretera. A mí madre le ha parecido oportuno, para variar, y nos ha dicho que volviésemos cuando mi padre se hubiera levantado de la siesta.

Evarista se quedó pálida. Miró a Alberto. Este levantó una ceja a la vez que le decía a Evarista que era verdad. La pobre no sabía cómo salir de aquel atolladero. De su color natural pasó al blanco y del blanco pasó al colorado de golpe.

—No sufras, Evarista —le dije, acariciándole la mano—. Ya estoy acostumbrada a estas... ¿rarezas? Por llamarlas de alguna manera —sonreí amargamente—. Si supieras la de cosas que he tenido que aguantar... Esta no es la primera, pero sí será la última. Los desaires que mis padres me han hecho a mí los he soportado como mejor he podido, pero el desprecio a lo que más quiero no pienso consentirlo. Se acabó.

—La vida es muy larga, Olaya. Esto no tiene disculpa, desde luego, no voy a tapar el sol con un dedo, pero, ¿estás segura de que quieres darlo todo por terminado? ¿No te hará sufrir aún más esa situación?

—No. Me liberaré. Total, la ausencia de ellos es algo natural en mi vida, solo que ahora también se dará por decisión propia. Esto de hoy ha sido una pasada. Y mira que le he dicho a mi madre que habíamos viajado seis horas para venir... Pero nada les conmueve —se me quebró la voz—. Son un par de bichos raros, egoístas y huraños.

—¡Sí! ¡Y siento lo ocurrido!, pero que eso no anule nuestro feliz encuentro. Sé que es imposible que no influya, pero que no anule lo bueno, hija. Tú ya tienes experiencia, tus padres no iban a cambiar hoy repentinamente. Si necesitas hablar más sobre ello, aquí estoy, si no, intenta sobreponerte y me cuentas cosas que te pongan alegre.

—Lo haré. Es lo más inteligente, aunque todavía me resulta difícil, es una espina clavada. Ellos no estarán ahora pensando en mí ni comiéndose el coco con si han actuado bien o mal. Por lo menos intentaré disfrutar de estar contigo después de tantos años.

—Bien, Olaya, por favor, inténtalo. ¡Ah! ¡Que no se me olvide! —exclamó Evarista— Dame tu número de teléfono y yo te doy el mío, acaban de instalármelo hace nada.

—Claro, Evarista, no había caído. Ahora mismo nos lo apuntamos —me puse a rebuscar en mi bolso un bolígrafo y un papel con una mueca de asco en los labios.

Charlamos un par de horas en las que puse al día a Evarista sobre los acontecimientos de mi vida, mi trabajo, amistades... Alberto intentó mantenerse un poco al margen, pues sabía lo íntimo de aquel encuentro. Héctor se despertó y Evarista pudo disfrutar de sus monerías. A ella también se le caía la baba. Yo la miraba interaccionando con Héctor e imaginaba cómo habría sido conmigo cuando yo era un bebé, igual de tierna y amorosa

que lo estaba siendo con mi hijo.

Pasamos el resto de la tarde allí, pero ya no nos quedamos el fin de semana en Santa Sierra. Resultó triste despedirnos después de tan prolongada ausencia, aunque lo hicimos con un sabor dulce en el corazón; sabor a bizcocho casero.

Alberto y yo estuvimos un buen rato lidiando con Héctor para montarle en el coche, estaba en plan rebelde, se ponía tieso y no había manera de sentarle en su silla de viaje. Una vez que estuvimos los tres dentro del coche, cuando iba a ajustarme el cinturón de seguridad, mi madre salió de la casa. Me vio sentada en el vehículo. Nuestras miradas se clavaron la una en la otra. Sentí frío de nuevo. Fantaseé con la idea de que viniese hacia el coche, pero no despegó los pies del suelo.

Alberto arrancó.

La estatua de mi madre y Santa Sierra quedaron atrás.

Aquella fue la última vez que mi madre y yo nos miramos a los ojos.

Sí, lo sé. He pasado de puntillas por la figura de Alberto durante toda esta historia. Como si mi primer amor, mi marido y el padre de mi único hijo no fuese relevante. No se trata de eso. Tampoco estoy despechada, no le odio ni nada parecido. Es buena gente y se encuentra en algunos de los recuerdos más felices e importantes de mi vida. Tenemos una relación cordial, nos apreciamos, nunca nos hemos hecho la puñeta el uno a otro, pero eso no es lo que deseo contar. Sería otra historia. No tiene nada que ver con el desahogo, catarsis o como se le quiera llamar al puñado de anécdotas que estoy narrando. Esta no es una historia dulce, lo sé, y por eso mismo no quiero rociar con ella lo mío con Alberto, que está muy lejos de ser un drama. Tan solo un divorcio más y ya está.

A veces nos aferramos a alguien porque creemos que el recorrido termina ahí, que hemos hallado el milagro, la panacea contra la soledad, aunque no sea cierto. Cuando el frenesí desaparece se distingue el amor incondicional (a pesar de los envites de la vida) del miedo y la dependencia. Que dos personas disfruten de estar juntas, que quieran estarlo por puro gusto, sin necesitarse el uno al otro, es la quintaesencia del amor. Alberto y yo descubrimos que cuando nuestras necesidades se vieron colmadas solo quedaba el cariño. Lo comprendimos a tiempo, antes de hacernos daño. Jamás nos utilizamos, los amantes sinceros no lo hacen, al menos, conscientemente. Esto es todo lo que tengo que decir.

La mañana del entierro llegó como un ciclón. La había visualizado cien veces para enfrentarme a ella, pero temía no mantener el control de la situación y que todos los preparativos físicos y psicológicos fuesen insuficientes. Valen llegaba al día siguiente por la tarde debido a problemas de retrasos con los vuelos. El entierro estaba previsto para las diez y media de la mañana. Evarista vino a casa una hora antes, dispuesta a ayudarme con la logística, emocionalmente y con lo que hiciera falta. Me desperté tumbada encima de las sillas que rodeaban el féretro de mi madre. Los cirios se habían consumido y una mezcla desabrida de efluvios me atascaba la pituitaria.

El cura del pueblo ofició una breve liturgia en la habitación donde se velaba a la difunta, me pareció lo más sencillo, creí innecesario trasladar el féretro de un lado para otro. El cementerio estaba a cuatrocientos metros de la casa. En Santa Sierra era costumbre cargar con el ataúd hasta llegar a él, igual que si fuese un paso de Semana Santa. Los parientes más cercanos le seguían justo detrás, a paso lento, mientras los demás dolientes continuaban la procesión como la cola de un cometa sombrío. No era la primera vez que observaba cómo en un velatorio o un sepelio había personas que buscaban el protagonismo dando muestras de dolor como si les estuvieran arrancando las entrañas, unas muestras del todo exageradas, por encima de las de los seres más queridos o personas mucho más cercanas a quien iban a enterrar. La despedida de mi madre no fue una excepción. Me pareció ridículo y cruel, no ofrecía ningún consuelo, sino todo lo contrario, lo que provocaban con esas muestras era más angustia en quien de verdad tenía roto el corazón.

Siempre había escuchado que el momento de cerrar la caja era uno de los más dolorosos cuando muere un ser querido y, efectivamente, fue duro. Nunca pensé que iba a afectarme tanto bajar aquella tapa, me sorprendió la pena de golpe al tener la certeza de que ya, de verdad, jamás, volvería a ver la cara de mi madre. La idea me destrozó contra todo pronóstico. Era la despedida de las despedidas. Le hice una leve caricia en la mejilla con el dorso de la mano. Un frío abrasador me congeló hasta las falanges. Ya no era mi madre de mármol, sino mi madre de escarcha. La incredulidad me embargó, me quemó la desesperación en las venas por la impotencia de ver cómo todo había terminado cuando yo sentía que ni siquiera llegó a comenzar. Me pregunté si ella habría sentido algo parecido de ser al revés.

Ya perdió una hija. Me hubiera gustado observar su reacción, pero ahora daba igual, aquello era agua pasada y, además, imposible. Me centré en la realidad, donde todavía era dueña de mover los hilos de mi vida.

¿Y quién estaba a mi lado al fin y al cabo? Evarista. La invariable Evarista. No me cabe la menor duda de que ella sí habría llorado sin consuelo por mí.

Me peiné sin interés con un recogido bajo, a la altura de la nuca, y me puse un discreto vestido negro con desgana. Las ojeras ya las llevaba por defecto. Sabía que todas las miradas se centrarían en mí, la pequeña Olaya, la hija pródiga, cuando la muerta era mi madre, que estaba ya en su caja yéndose para siempre y era donde había que mirar.

Después de la sencilla ceremonia, seis hombres del pueblo se ofrecieron a portar el féretro hasta el cementerio. Lo agradecí sobremanera. No los conocía de nada, quizá alguno fue compañero de colegio o de juegos en la niñez, pero me dio igual, lo que necesitaba era que aquello terminase cuanto antes.

Estuve aferrada al brazo de Evarista durante todo el camino, sabía que se encontraba mal, peor que yo. Se empeñaba en darme fuerzas cuando era ella la que estaba destrozada. Su amiga íntima iba a ser enterrada tras miles de años de amistad, de complicidad, de confesiones. Como si hubiese perdido a una hermana; sin embargo, mi sentimiento de hija lo percibía difuso, disuelto entre los cientos y cientos de días sin ver el rostro de mi madre, sin escuchar su voz, sin olerla.

Una vez en la fosa, el féretro comenzó a descender. Despacio. Tan despacio... Fue un adiós largo y mudo, como cuando un tren no termina de arrancar y perderse en la lejanía. Después, la tierra lo fue arrojando igual que se cubren las semillas para que germinen, aunque, en este caso, no habría cosecha, solo un proceso final de clausura y podredumbre.

La tumba de al lado era la de la mi padre. No podía ser de otra manera. Ya se hallaban juntos otra vez. Sin la espada de Damocles del tiempo. ¿Cómo habría sido el reencuentro?, me pregunté, ¿con qué físico acudieron a la cita? ¿Se verían el uno al otro como cuando se enamoraron, rebosantes de juventud? Estuve segura de que papá y mamá sobrevolaban nuestras cabezas sin soltarse de las manos, a la vez que emprendían su vuelo definitivo hacia la estratosfera.

Dicen que allí a dónde vamos tras la muerte se canalizan las emociones

terrenales de otra manera, se siente distinto. No lo sé, a lo mejor me dieron un beso en la mejilla que no llegué a percibir.

Cuando todo el mundo marchó del cementerio entre susurros del estilo de “no somos nadie” o “ahora está en un lugar mejor” y desconectando ya de lo ocurrido con conversaciones banales sobre lo mucho que había refrescado, dolores de espalda o la próxima visita al ambulatorio, Evarista y yo nos quedamos un rato contemplando aquel vientre de tierra abombada y fresca. Evarista lloraba. La abracé. Noté su cuerpo leve entre mis brazos, ¡con la de veces que ella me había sacado del río al verme los labios morados, para secarme enérgicamente con la toalla! Ahora, yo la protegería.

No pude evitar situarme frente a la tumba de mi padre. Me impresionó. Al no haber asistido al entierro ni contemplado en él la quietud impenetrable de la muerte, su personalidad seguía imponiéndose en el ambiente, era como si aún siguiese vivo en mi interior. En el instante en que leí su nombre en la piedra, su muerte se hizo real, se materializó. Mi mirada deambulaba entre los surcos oscuros de las letras grabadas en la lápida. Me parecía mentira verle reducido a aquello. Él, tan soberano, quien solo con el poder de su mirada nos ponía a dormir, a comer o a temblar, ahora era un nombre más entre tantos a lo largo de la historia. Él, dueño y señor de nuestras vidas, abismo entre el amor de mi madre y yo, cuya presencia parecía que iba a ser eterna, había desaparecido como una huella que, tarde o temprano, incluso sería anónima.

Lástima de vida. Y ya estaban los dos ahí, bajo la tierra, sin voz, sin calor; y yo ahí, erguida ante su silencio, sin su voz, sin su calor y sin remedio para ello.

Evarista se acercó a mí, intuía mis pensamientos.

—Ellos te querían, no lo dudes, Olaya. A su manera..., sí, pero te querían. Os querían a todos.

—Pues es curioso, porque no me enteré nunca de “su manera” —contesté con resentimiento.

—Te comprendo, hija, el mundo que construyeron les sobrepasó. No supieron darse cuenta de que existían más cosas a parte de ellos.

—¿Cosas? —me temblaron los labios— No, cosas, no, Evarista, personas. Sus hijos.

Evarista asintió con un gesto de verdadera pena.

Le pedí que me condujese a la tumba de Regina, mi hermana, mi pobre hermana mayor muerta de forma prematura. Cuando estuve frente a ella la recordé tan fresca, tan tierna la última vez que la vi, que me pareció una broma siniestra que llevase tantos años ahí adentro. Ahora yo era mucho mayor que Regina, podría ser su madre. Ella siempre se mantendría joven en mi recuerdo.

Me arrodillé.

Acaricé su nombre y le di un beso.

Curiosamente, me invadió una paz inusitada.

Dejé una rosa blanca sobre su lápida.

Al ponerme en pie, me atravesó el pecho el triste pensamiento de que toda la sangre de mi sangre, excepto Valen y Héctor, yacía en aquel recinto. Toda la sangre seca de mi sangre. Mis raíces como abono del verdor que arropaba el suelo del camposanto. Entonces quise honrarlas a todas y, como un *flash* inesperado, se me vinieron mis abuelos a la mente.

—Evarista, me gustaría visitar la tumba de mis abuelos —le pedí.

—¿De tus abuelos? —preguntó Evarista claramente perturbada.

—Sí. Deseo dejarles también un beso de parte de su nieta. Que sepan que aún no han caído en el olvido.

—No... No me acuerdo muy bien dónde están, Olaya, ha pasado mucho tiempo...

—Pues podemos buscarlos, el cementerio tampoco es tan grande, no deben estar muy lejos —insistí.

—Ya. Bueno, hoy me siento muy cansada, hija, ¿te importa que lo dejemos para mañana?

—Es verdad. Has tenido bastante estos dos últimos días, debes reponerte. Mañana por la mañana iré a tu casa y volveremos aquí para localizarlos. ¿Te parece bien?

—Sí, Olaya, los buscaremos si tú quieres, pero cuando uno busca debe estar preparado para lo que puede encontrar.

—No te entiendo... —la miré extrañada.

—Si mañana aún deseas indagar sobre la tumba de tus abuelos, lo comprenderás.

Recorrimos en silencio el camino de regreso al pueblo. Me percaté de que Evarista iba dándole vueltas a la cabeza. Caminaba ajena al entorno. Mostraba agotamiento. La acompañé hasta su casa.

—Descansa, hija. Y deja que tu mente también lo haga.

—Sí, me recostaré en cuanto llegue a casa. Estoy deseando pillar la cama. Descansa tú también, lo necesitas más que yo.

—Hasta mañana, Olaya. Te espero sobre las diez. Si prefieres venir más tarde...

—...No, no, las diez es buena hora. Hasta mañana, Evarista —me despedí de ella con un beso en la frente.

Volví a la casa con una sensación de vértigo, como si me estuviese columpiando por encima del sol.

Al llegar a casa estaba exhausta. Podría haber dado algo más de sí físicamente, pero mi cabeza no aguantaba más. El viaje, tantas emociones encontradas, recuerdos, la tumba de mi padre, la de Regina, revivir el pasado con la memoria; una página tras otra, una página tras otra. Demasiado. Demasiado. Necesitaba descansar, no tenía ganas ni de comer. Bebí un vaso de leche y me acosté en mi antigua cama. Desperté sobre las seis de la tarde. Me puse a deambular por las estancias. Observé las reformas que habían hecho mis padres; la chimenea y poco más, dos habitaciones en el piso de arriba sin arreglar, ni siquiera le habían puesto las baldosas al suelo, estaba en bruto, en cemento.

Tanta Alemania, tanto ahorrar y la casa parecía la de siempre. Ellos siguieron durmiendo en su habitación de toda la vida. Por lo menos introdujeron el baño dentro de la vivienda y no había que salir al huerto para acceder a él, en invierno era un verdadero tormento.

Tanta Alemania y siguieron viviendo como siempre. Eso sí, al calor de una chimenea. La Chimenea.

Me dirigí a la habitación de matrimonio. No recuerdo bien, creo que sería la quinta o la sexta vez que entraba en ella, era el *sanctasanctórum* de la casa. Me vi como una intrusa, como si estuviera profanando un templo. No obstante, mis padres estaban muertos, algo habría que hacer con lo que contuviese la casa y con ella misma. Me tumbé bocarriba en la cama. Así estuve un buen rato intentando dejar la mente en blanco. Solo se me venían a la cabeza escenas de sus bailes eróticos, rápidos, por si alguno de nosotros les llamaba cuando éramos pequeños o durante las horas inviolables de la siesta, en la que estaba terminantemente prohibido tocar en la puerta a no ser que se estuviese cayendo el techo. Me dio reparo seguir tumbada allí. Fijé la mirada en el armario ropero de la habitación. Lo abrí. Allí estaban, como recién sacados de la tintorería, un par de trajes de mi padre, sus camisas y sus pantalones. Las botas de trabajo también estaban, lustrosas, en la balda de abajo. Los zapatos de las ocasiones, brillantes, sin mácula, aguardando para acudir a alguna ceremonia. Mi madre lo había conservado todo como si mi padre estuviese vivo. Cada uno busca sus formas de rellenar el vacío, paliar la añoranza.

La ropa de mi madre había quedado como la estuvo usando hasta que le

sobrevino la muerte. Me fijé en los cajones. Contenían pañuelos, ropa interior, calcetines, medias, cosas así. Menos el último, donde, detrás de los juegos de sábanas, encontré una caja de lata, de estas antiguas de Cola cao, invadida por el óxido. Me senté en medio de la cama, conté hasta diez y la destapé. Había tres cajitas rojas que también abrí. Cada una de ellas contenía una medalla de oro, en el anverso aparecía un ángel de la guarda y en el reverso el nombre de cada uno de nosotros junto a nuestra fecha de nacimiento. Después hallé tres taleguitas de terciopelo negro, de estas que se cierran tirando de los cordones. Una de ellas guardaba un anillo de plata con una esmeralda; otra, unos pendientes también de plata con dos perlas y la última, un camafeo con una efigie femenina tallada en marfil. Reconocí un pequeño paquete. Lo reconocí porque lo envié yo. Se trataba del obsequio que le había mandado a Evarista cuando cumplió medio siglo. Ahí estaba, abierto, en lugar de hallarse en poder de su legítima dueña. Un broche de oro con forma de flor y cinco granates en sus pétalos, cada uno por una de sus décadas de vida. Mi madre no se lo dio. ¡No se lo dio! Aquello fue un robo, ¡no de una joya!, sino un robo de amor. Al día siguiente se lo entregaría.

Debajo de todo aquello encontré numerosas cartas, las conté y resultaron cincuenta y cuatro, distribuidas a lo largo de casi veinticinco años; una media de dos cartas al año aproximadamente. Estaban cerradas. Todas habían sido devueltas. La remitente era mi madre, ponía la dirección del destinatario, pero obviaba su nombre. El domicilio de este siempre era el mismo, situado en un pueblo que yo no conocía ni de oídas. En la última carta, en el exterior del sobre, para asegurarse de que esa información llegaba, podía leerse en tinta negra con letras mayúsculas: REGINA HA MUERTO.

Esa última carta también fue devuelta sin abrir. Yo no sabía qué pensar. Un alijo de cartas escritas por mi madre sin determinar nunca a quién iban dirigidas. Aquello me intranquilizó de tal forma, que mi pensamiento se transformó en un tornado que arrasaba con mis neuronas. Una elucubración tras otra. Es en estos casos cuando se dispara la imaginación y se te pasan por la cabeza hasta los mayores disparates, como que mi madre hubiera mantenido en secreto una relación extramatrimonial con un amante que la abandonó y ella jamás olvidó y yo qué sé cuántas cosas más. Por supuesto, automáticamente repelía de mi cabeza todo aquello, no podía creer ni lo que a mí misma se me ocurría, pero, por otra parte, era lógico hacer todo tipo de conjeturas.

En el fondo de aquella lata de Cola cao que algún día consumimos mis hermanos y yo antes de ir al colegio, estaban las fotografías; fotografías de una vida. No había muchas, todas en blanco y negro. Imágenes de mis padres dando un paseo; mi madre y Evarista sentadas en la puerta de la casa bordando; Valen y yo parados con nuestra bicicleta; mis padres posando con trajes elegantes; una foto de Regina vestida de monja y alguna más del baile que se celebraba en el pueblo todos los años en honor al patrón. Todos los instantes me resultaban familiares menos el de mi padre y mi madre engalanados. Así no los había visto nunca.

Mis abuelos no aparecían ni por asomo. Las fotos solo reflejaban momentos cotidianos en Santa Sierra en las que reconocí a personas con las que había crecido. Eso, unido a la reticencia de Evarista a visitar las tumbas de mis abuelos, incrementó mi curiosidad por saber de ellos. Miré la caja de arriba a abajo, volví a repasar todos los objetos, las cartas, las fotografías. No había nada más. Nada.

Valen llegaba al día siguiente por la tarde. Yo iría a casa de Evarista por la mañana. Ella era la clave de todos los enigmas. Odiaba la idea de hacerla sufrir, pero no me quedaba más remedio que preguntarle, se trataba de mi vida y tenía que saber de ella. Intuía que Evarista estaba preparada, tuve el palpito de que siempre había sabido que ese momento iba a llegar.

Solté la caja encima de la mesilla. Me dirigí a la cocina y devoré un pedazo de bizcocho que había comprado en la sempiterna panadería del pueblo.

Saboreé un trozo de pasado de harina y huevos. Intentaba postergar el acostarme. Nunca había dormido sola allí, sin saber por qué, me provocaba temor, la oscuridad de la casa la hacía parecer viva sin que yo controlase sus movimientos, era como si las paredes, los muebles y los objetos me respirasen en la nuca, me sentía observada, no lograba disfrutar de una soledad pacífica. Di todas las vueltas que pude. Miré el teléfono por si Héctor o Valen me habían enviado algún mensaje, guardé los cirios en una bolsa de basura, coloqué las sillas en su sitio..., y cuando el sopor comenzó a vencer al miedo, me acosté. Con tantas horas de cansancio e insomnio sobre mis párpados, esa noche dormía o dormía.

Había olvidado la preciosa luz de la luna que se colaba con dulzura en mi habitación de niña, de adolescente. Una luna encendida de brazos poderosos. De pequeña me sabía la boca a azúcar al contemplarla, entonces se me iba la mente al color blanco y tenía que levantarme a beber un vaso de leche. Con azúcar.

Me recosté sobre mi lado izquierdo, abrazada a la almohada y, así, vislumbrando la caja de los misterios, mientras mis ojos se bañaban en la luz plateada, el letargo se apoderó de mí.

Jamás hubiera imaginado lo que me estaba esperando aquella madrugada estremecedora.

La visión que tuve esa madrugada pudo conmigo. Aunque al final conocí el sentido de mi espejismo, no sirvió para que me recuperase en mucho tiempo de aquel recuerdo. La verdad nos hace libres, sí, pero a veces también rescata ataduras que nos encadenan a ella.

A las diez de la mañana estaba llamando a la puerta de Evarista, al mismo tiempo que sonaban las campanas de la iglesia. Llevaba dos ramos de flores silvestres para dejar uno en cada tumba de mis abuelos maternos, mi padre era huérfano, no conoció a nadie de su familia. La muerte inesperada de mi madre me había despertado los instintos de saber más sobre mis raíces. Ahora quedábamos Valen y yo como los “ejemplares más antiguos” de nuestra estirpe. También me llevé la caja para examinar su contenido con Evarista tras regresar del cementerio. Lo estaba deseando.

Evarista abrió la puerta. La observé de arriba a abajo. No estaba preparada para salir. Llevaba puestas las zapatillas de estar por casa, un viejo rebecón verde y el delantal.

—¿No íbamos al cementerio? —le pregunté.

Evarista me miró con un gesto que no supe descifrar.

—¿De verdad sigues empeñada en saber de tus abuelos?

—¿Tú qué crees? —le mostré las flores.

—Pues entonces, vayamos a la cocina. Estaremos más a gusto y más calentitas —suspiró—. Por lo menos les conocerás de palabra. Este momento iba a llegar alguna vez. Tu madre, que en gloria esté, tendrá que entenderlo. Tomó las flores, las puso en agua y colocó sobre la mesa un plato con galletas, una botella de anís y dos vasitos.

—Me tienes completamente desconcertada, Evarista. Desde ayer te noto rara.

—Y tú tienes muy mala cara, ¿no has dormido bien?

—He dormido poco y lo que he dormido ha sido una pesadilla; o no, no sabría decirte.

—¿Qué ha ocurrido, hija? —preguntó Evarista.

—Ya estaba acostada. Más allá de las doce de la noche comencé a escuchar el llanto de un bebé. Me incorporé. Al salir de la cama para

investigar, el llanto cesó. Al cabo de un rato, cuando ya me encontraba en pleno letargo, lo escuché de nuevo. Pensé que soñaba, pero era real. Esta vez no se calló cuando me levanté. Me entré las zapatillas y empecé a deambular por la casa.

Evarista sirvió un trago de anís para ella y otro para mí. Yo continué con mi relato.

>>Después de recorrer las estancias me pareció que el llanto no venía de dentro, sino del patio. Al salir se hizo más potente. Entonces divisé entre el claroscuro la figura de mi madre junto al limonero, como era ella años atrás. Llevaba puesto un camión largo manchado de sangre, el cabello oscuro le caía sobre los hombros, revuelto. Me miraba fijamente a los ojos con las dos manos puestas sobre su vientre. Al ir a acercarme desapareció; el llanto dejó de escucharse. Me quedé clavada allí, sobre la tierra del huerto. No sabía distinguir si lo que acababa de ver era producto de mi cansancio o algo real.

Evarista ni se inmutó.

—Tomemos otro trago de anís —rellenó los dos vasitos.

—Evarista, ¿has escuchado lo que acabo de contarte? No te he dicho que me haya cruzado por la calle con un par de perros.

—Ya. Te he escuchado. No esperes que me lleve las manos a las sienes y los ojos se me salgan de las órbitas, Olaya. No me asombra tu visión.

La miré, recelosa.

—Visión, sí, porque creo que fue real.

—Me está dando la sensación de que no te conozco, Evarista.

—Me conoces, y lo que sabes de mí es tan cierto como que te quiero igual que a una hija. No soy yo la extraña. Anda, abre esa caja que traes. Comenzaremos por ahí.

Puse la caja encima de la mesa. Me dio la impresión de que para Evarista era un objeto familiar. Sabía el grado de confianza que tenía con mi madre y no me sorprendió su expresión impasible.

—Ábrela, Olaya, no tengas miedo de las respuestas, pero estate prevenida. Yo me he preparado desde hace mucho tiempo para enfrentar esta situación si la vida me daba de sí para ello.

—Sí temo, Evarista, siento mucho miedo, y más, después de tu advertencia. ¿Qué quieres que piense? Ahora estoy alerta. Anda, ponme otro trago de anís antes de abrir la lata.

—Solo quiero decirte que después de tantos años, no me andaré con paños calientes, hija. Después, tú verás cómo gestionas esa información. Yo estaré a tu lado, como siempre.

Asentí.

Destapé la caja.

Las dos nos mantuvimos unos segundos observando su interior.

Las dos sabíamos que ya no había vuelta atrás.

Planté las tres joyas sobre la mesa, ella reaccionó sin ningún nerviosismo, todo lo contrario. Me dijo que se trataba de los regalos que mi padre le hacía a mi madre cada vez que daba a luz. El anillo con la esmeralda se lo regaló cuando nació Regina, lo pagó a plazos; los pendientes de perlas cuando nació Valentín y el colgante del camafeo se lo regaló cuando llegué yo. Sonreí, sentí alivio y agrado. Supuse que la existencia de regalos significaba alegría por habernos traído a este mundo, me sorprendió gratamente, aunque, dada nuestra trayectoria paternofilial, después fui malpensada y deduje que serían como un premio para mi madre por haber pasado el mal trago del embarazo y el parto.

Le pregunté a Evarista sobre las tres medallas de oro iguales, las del ángel en el anverso y nuestro nombre con la fecha de nacimiento detrás. Ella las acarició con ternura. Me dijo que ese había sido su regalo por nuestro nacimiento. Caso cerrado. Las joyas no guardaban ningún enigma. Evarista me explicó que mi madre las guardaba para dárme las cuando yo volviera al pueblo, menos la medalla de Valentín, que le pertenecía a él, y la de Regina,

que deseaba que la hundiéramos lo más hondo posible bajo la tierra que la cubría.

—Serafina estaba segura de que yo la sobreviviría. Confiaba en que te entregase estos objetos con sus mensajes. Por eso yo estaba preparada para ello desde siempre. Tu madre sabía que no podría dártelos porque jamás regresarías al pueblo mientras tu padre o ella viviesen.

Me asaltaron una tristeza y unas ganas de llorar, que deseé haber acudido antes a Santa Sierra, aunque hubiese sido tan solo el día anterior al fallecimiento de mi madre. Logré superarlas o, mejor dicho, contenerlas. Paré el llanto con una muralla de pensamientos negros y agresivos que se armaron y organizaron en cuestión de segundos igual que las falanges macedónicas. Tragué saliva y otro chupito de anís.

—No entiendo por qué no nos dio las medallas en vida. Eran nuestras. Cuando marché a Inglaterra me hubiera gustado llevar el ángel colgado de mi cuello.

—Fue su decisión. Como todo. Qué quieres que te diga.

Cogí el paquetito envuelto en papel de regalo y se lo enseñé. Evarista puso un gesto de interrogación.

—Eso no sé lo que es —me dijo.

—Esto es tuyo, querida Evarista.

—¿Cómo? —se asombró.

—Es el regalo que te envié cuando cumpliste cincuenta años. Me pareció que medio siglo de vida merecía un recuerdo especial. Mis padres ya habían vuelto de Alemania, lo mandé junto con una carta para ellos.

Saqué el broche, me levanté y se lo prendí en su chaquetón verde, cerca del corazón.

—No entiendo nada. Tu madre jamás mencionó esto.

—Claro, como supongo que jamás mencionaría los recuerdos, besos y abrazos que te enviaba en cada una de mis cartas. Menos mal que nos dimos los teléfonos cuando traje a Héctor de bebé.

—No comprendo...

—Es muy sencillo, Evarista. Serafina era mi madre y tú no. No tenías derecho a lo que le correspondía a ella. Confiaste demasiado. Pero mi cariño no pudo robártelo.

A Evarista se le saltaron las lágrimas. Tocó el broche, lo contempló, después me lanzó un gesto de ternura y agradecimiento a la vez que se le nublaba la mirada por la profunda decepción. Después, habló.

—Ya veo que para mí también existían secretos... Esto hay que terminarlo, Olaya. Me hastía. No quedará ni un cabo suelto, para bien o para mal. Tú me harás preguntas y por cada respuesta que te dé querrás hacerme otra y otra más. Y así hasta que el corazón nos aguante. Te diré toda la verdad, sin suavizar nada. No tiene sentido.

Miré hacia abajo. Comprendí que aquello iba a ser más retorcido de lo que podría haber imaginado.

Extendí las fotos sobre la mesa. Evarista se fue directa hacia aquella en la que mis padres aparecían engalanados. Sus ojos quedaron enganchados en la imagen, su mirada iba más allá de ella. Parecía haberse transportado a ese momento. Cerró los ojos. Al abrirlos estaban húmedos, dos piedras azules cubiertas de lluvia. Pasó la mano por la foto con temblor en los dedos. Me llegó su nostalgia, un dolor que le traspasaba a través del tiempo.

—Esta fotografía es del día de mi boda, Olaya —me dijo con la voz partida.

Callé. Sentí cómo me ardían las mejillas.

—Regina ya había nacido. Tus padres llevaban viviendo en Santa Sierra unos dos años.

Me extrañé. Pensé que mi familia siempre había vivido en ese pueblo, pero en el estado en que se hallaba Evarista, no me atreví a hacerle más preguntas hasta que ella decidió seguir hablando.

>>Once meses después de nuestro casamiento, mi marido murió. Una meningitis arrasó con su organismo.

Evarista salió de la ensoñación y reaccionó, se puso en pie y sacó de un cajón la fotografía del día de su boda. Estaba tan joven... Él era tan joven...

>>La vida es así. Me quedé sin mi marido. Sucedió tan pronto que también me quedé sin hijos. Fue un año precioso que jamás olvidaré. Mejor que una década de desamor e incompreensión. Si el destino, ¡o quien sea!, te arrebatara a la persona que quieres cuando el amor está en plena ebullición, es difícil volver a hervir con sentimientos así. Te quedas como un caldo suave y templado para calmar el malestar de los demás. Después de aquel drama dejé pasar los años tranquilamente en mi casa, sin ganas de nada, de unirme a nadie más, os tenía a vosotros, que erais igual que mi familia, y en vosotros me centré.

—No tienes por qué seguir hablando de esto, Evarista. Lo último que quiero es provocarte sufrimiento.

—No, ya está, ocurrió hace una eternidad. A veces no puedo evitar preguntarme cómo hubiera sido mi vida si mi marido no hubiese muerto. Aún conservo mi traje de novia —sonrió—. Cuando cabía en él, llegué a

ponérmelo alguna vez para observarme frente al espejo. Imaginaba que había vuelto a aquel día de aquel año y que solo tenía que caminar hasta la iglesia para encontrarme con él. ¡En fin! Esta conversación no trata sobre mi vida, sino de la tuya, aunque vayan muy unidas. Continuemos.

Me daba vergüenza seguir indagando después de cómo acababa de ver a Evarista, pero ella insistió.

—Evarista, no encuentro ninguna foto de mis abuelos ni la de la boda de mis padres.

Ella retiró el montoncito de fotos a un lado de la mesa. Extendió sus brazos hacia mí para que le diese las manos, me apretó con fuerza, como si con eso fuese a protegerme de lo que me iba a contar.

—Olaya, hija, no ves ninguna foto de la boda de tus padres porque no hubo boda —suspiró sin dejar de mirarme a los ojos.

—¡Ja! —reí de forma escéptica— ¿Cómo que no hubo boda?

—Olaya, tus padres no estaban casados.

Silencio.

Me puse en pie y comencé a dar vueltas por la estancia. Me apoyé en la encimera. Respiré. Seguí caminando por la cocina. Me detuve exprimiendo mis manos. Tomé asiento de nuevo.

—Continúa, por favor.

—¿Todavía deseas seguir conociendo, hija?

—Ahora más que nunca.

—Pues has de prepararte. Esto es solo el principio.

—Habla, Evarista. Dime de dónde vengo.

Evarista me contó que cuando mis padres llegaron al pueblo mi madre ya iba embarazada de seis meses. No tenían dónde quedarse ni sabían a dónde ir. Evarista les ofreció su casa, su madre y ella vivían solas y había espacio suficiente. Además de la costura, trabajaba como partera puntualmente, el oficio se lo había enseñado su madre. A través del novio de Evarista mi padre consiguió empleo de jornalero. Mi madre colaboraba en las tareas domésticas. Le pagaban una cantidad simbólica por la comida y el techo.

Cuando terminaba la jornada y los domingos después de misa, mi padre, con la ayuda del novio de Evarista y algún compañero, se dedicaba a construir una casa en la que poder cobijar a su familia. Tuvieron mucha suerte. La levantaron en un pequeño solar sin uso que los habitantes del pueblo les facilitaron con ese fin. Veían a ese hombre rompiéndose la espalda trabajando y a su mujer tan joven, con un vientre que crecía y crecía, y les ayudaron hasta donde pudieron. Regina nació en casa de Evarista. Vivió allí sus dos primeros meses de vida. Le pusieron ese nombre por mi abuela.

—¿Mi abuela? ¿Le pusieron Regina por mi abuela?

—Sí —contestó secamente Evarista, sin gesticular, con una seriedad impenetrable.

—¡Lo sabía! Mis abuelos tenían que aparecer en algún momento.

—¿Recuerdas a tus abuelos, Olaya? —me preguntó Evarista.

—Pues claro, sí..., los recuerdo. A los padres de mi madre, porque mi padre era huérfano.

—¿Cuándo los has visto?

—De pequeña. Mi abuelo me quería mucho, siempre me tenía cogida en brazos, pero murió cuando yo tenía meses.

—No, cariño. Eso es lo que te contaron.

—¡Yo los recuerdo!

—Son evocaciones engañosas de hace muchos años, ideas que se fijan en la memoria de una niña pequeña, Olaya.

—Entonces, si solo son fruto de un engaño o de un falso recuerdo, ¿dónde han estado toda la vida?

—En su pueblo. Tu padre no fue huérfano. Tuvo los mismos padres que tu madre.

Tragué saliva.

Yo, figura de tierra mojada. Sal. Arena molida. Al viento.

—No..., no... —me atascaba, tartamudeé, no era capaz de pronunciar la frase.

—Tus padres eran hermanos, Olaya —musitó Evarista.

Negué con la cabeza.

—¡No! ¡Eso no puede ser! ¡Evarista! Dime que no es verdad... —supliqué con la angustia en la piel.

—¡Ojalá pudiera, hija! Te he prometido la verdad.

Sentí vergüenza, asco de tanta mentira, rabia por la descomunal hipocresía. ¡Que no me desviase del camino, me repetía mi madre! Y ella se embarazó sin estar casada ¡y de su hermano! Todo aquello me resultaba insoportable, pero ya tenía que llegar hasta el final.

—Sigue, por favor, Evarista.

—Tu madre se quedó embarazada con diecisiete años, tu padre tenía tres más.

Sentí un leve mareo, me puse a sudar de golpe.

>>Intentaron ocultarlo hasta que tu abuela se dio cuenta de que su barriga prominente, por la forma que tenía, no era por haber engordado unos cuantos kilos. Debido a su insistencia, Serafina le confesó el embarazo y tu abuela se lo contó a tu abuelo. Le preguntaron quién era el padre. Se lo preguntaron una y otra vez. Tu madre callaba. Tu abuelo se desesperó y le cruzó la cara. Ella continuó sin soltar palabra. Le cruzó la cara y se la volvió a cruzar. Fabián no pudo soportarlo. Reconoció que el padre era él. Por lo que me contó Serafina, toda la furia de tu abuelo se le esfumó por los ojos y cayó, lívido, desmadejado en una silla. Tu abuela, en un ataque de nervios, maldijo a tu padre. Los maldijo a los dos. Tras unos minutos de silencio y después de que tu abuelo se recuperase, les ordenaron que recogieran sus cosas y salieran de esa casa ellos y su desvergüenza. Les entregaron unos ahorros que tenían. No querían saber de ellos nunca más, habían traído la desgracia y la abominación a la familia. Tu madre lloró, suplicó, incluso se arrodilló implorando perdón, pero no hubo nada que hacer. Tus padres buscaron un

pueblo lejano donde nadie los conociese ni les hiciera preguntas. Aquí, en Santa Sierra, todos dimos por sentado que se trataba de un joven matrimonio que estaba buscando donde establecerse. Les echamos una mano. Cuando estrenaron su casita se les veía las personas más felices del mundo. Yo pasaba mucho tiempo con Regina, como hice con Valentín, y contigo más que con nadie. Asistí a tu madre en sus partos, os vi nacer a todos.

En ese momento Evarista pareció atragantarse con sus palabras, le tembló la voz. De repente su rostro se demudó, era la aflicción hecha carne. Aún no había terminado.

Los ancianos ojos de Evarista se movían de un lado a otro, recorrían los dibujos del mantel, los cerraba unos segundos y se le perdían de nuevo al abrirlos como canicas sin impulso. Su cara mostraba vacilación, estaba dolorida, dejaba entrever la duda de si seguir hablando o dar aquello por zanjado.

La aberración ya se había hecho un hueco en mi cerebro, aquello era un clímax no deseado que me cambiaría para siempre. Otra vez a adaptarme, de nuevo a reinventarme. Sentía quebranto en mi corazón; la ira se apoderaba de mis sentidos cuanto más repasaba la historia.

Permanecemos en silencio durante unos minutos, quizá fueron diez segundos, pero yo me había ralentizado entera y conmigo mis sentidos. Retumbaba el sigilo como un mutismo extraño, cargado de gritos de dolor, de reproches, plegarias, unas cuantas carcajadas y demasiadas oraciones suplicando perdón. Me acometió un amor gigante hacia Evarista, me llegó su carga, la losa que había llevado sobre su espalda durante tantos años. La quise por su devoción hacía mí, por su constante presencia en lo bueno y en lo malo, por su honestidad, su fidelidad hacia mi madre. La admiré. Representaba todo aquello de donde yo no había partido, la belleza de un ser que sabía amar de verdad, aun a costa de ella misma.

—Evarista —rompí el silencio con un susurro—. No imaginas cuánto te quiero.

Ella me miró con ojos de cristal sorprendidos, con el gesto de quien recibe un regalo que no se espera, un premio repentino.

—¿Y eso, hija? —me preguntó.

—¿Te sorprende? Eres tan bondadosa que ni te das cuenta. No alcanzas a valorar todo lo que has representado para esta familia de hipócritas, mentirosos y abusadores. Ni siquiera tuvieron la valentía de escribir una confesión que tú, simplemente, me habrías entregado. No. Otra vez el peso sobre ti. Seguro que hasta les aireaste la casa a mis padres mientras ellos estaban “ahorrando” en Alemania.

Evarista bajó la mirada.

—¡Vacíate! ¡Suelta esa pesada mochila con la que nunca debiste cargar! Jamás te correspondió. No temas por mí. Soportaré lo que haga falta. Ahora

solo deseo tu paz.

Me levanté, fui hacia su silla, me arrodillé y me abracé a su regazo mientras ella atusaba mi cabello. Percibí su imborrable aroma a lavanda. Amé a esa maravillosa madre que lo había sido sin haber parido nunca. Regresé a mi asiento. Evarista levantó la mirada y continuó con el relato.

—Tus padres siempre habían soñado con viajar a Alemania después de tener a Regina, pero necesitaban dinero para ello, no sabían con lo que iban a encontrarse cuando llegasen allí. Mientras pasaban los años vinisteis vosotros, con lo que el proyecto de Alemania se fue postergando. Cuando Regina se metió a monja estaba todo más cerca, Valentín tenía catorce años y tú, doce. Solo había que esperar unos cuantos años más para enviaros a trabajar fuera y ellos poder cumplir su sueño. Pero ocurrió un imprevisto... —vaciló— Tu madre volvió a quedarse embarazada.

—¡Qué! —exclamé.

Creo que jamás habré tenido los ojos tan abiertos como en ese momento. No me salían las cuentas. Un embarazo posterior a mí, cuando se suponía que yo era la pequeña. Me perdí en la historia, ya no sabía si estábamos hablando de mi familia o de un relato sobre personas que jamás había conocido.

Evarista me dijo que mi madre se vio en las mismas circunstancias que años atrás, ocultando su embarazo. Lo ocultó a todo el mundo menos a mi padre y a ella.

—No comprendo. ¿Por qué lo escondió? —pregunté sin estar segura ya de si quería saberlo o no.

Evarista puso una mueca de vergüenza ajena.

—Tus padres lo ocultaron porque decidieron que no iban a quedarse con el bebé.

—¡Cómo!

—No estaban dispuestos a renunciar a sus planes de nuevo por otra criatura. Sabían que entonces no viajarían nunca a Alemania.

—¡Desalmados! ¡Un viaje más importante que un hijo! ¡Lo que me extraña es que no nos regalasen también a nosotros!

—Tu madre despertó encharcada —interrumpió Evarista mi ataque de furor—. Fabián me llamó en plena noche. Como vosotros no podíais enteraros, la trasladamos a mi casa. Valen y tú estabais dormidos. Tu madre tuvo que controlarse o los gritos se hubieran oído hasta en el último rincón a través de la calma del pueblo en plena madrugada. Llegó con el camisón lleno de sangre. Estaba de parto. La tendí en mi cama y allí tuvieron lugar los nacimientos.

—Los... ¿nacimientos? —pregunté a punto del delirio.

Evarista comenzó a llorar. Una lágrima caía tras otra sin dar tiempo a la siguiente. Lágrimas de verdad, antiguas, con solera, liberadas de su prisión después de tantos años.

—Sí, hija —contestó—, los nacimientos. Tu madre traía gemelos. ¡Dos niños! El primero nació perfecto, igual que vosotros, aunque luego se detectase la enfermedad de corazón de Regina —se detuvo, suspiró, tomó fuerzas y prosiguieron ella y su desconsuelo—. El segundo bebé nació muerto.

Evarista y yo sollozábamos agarradas de las manos, desde un lado al otro de la mesa camilla.

Evarista y yo no sollozábamos, simplemente nos deshacíamos en agua amarga.

—Tengo que continuar, tengo que hacerlo —expresó Evarista con la respiración entrecortada—. Ya tengo que acabar, no puedo más con esto, me ha quitado años de vida.

—Termina, por favor, asesina esta pesadilla —le supliqué a Evarista.

—Serafina no quiso ver a ninguno de los dos. Sabía lo que venía después. Lloró. Lloró por ellos. Tu padre cogió al bebé muerto mientras yo me quedaba al cuidado del otro, lo envolvió en una sábana y se lo llevó. Lo enterró junto al limonero de vuestro patio.

—Maldita sea. ¡Cómo habré tenido la desgracia de provenir de ellos!

Me sentía devastada. Colmada de espanto.

—Tu padre regresó a por el otro bebé. Lo cubrí con una mantita después de limpiarle e intentar darle un poco de leche. Serían las tres y media o cuatro de la mañana. Le entregué el bebé a tu padre —Evarista temblaba—. Cogió ese Seiscientos amarillo clarito que teníais, condujo varias horas hasta llegar al pueblo de tus abuelos y allí, en la puerta de su casa, lo dejó con una nota que yo misma escribí. La redactó tu madre, destrozada. Por desgracia me la sé de memoria: *Este es vuestro nieto. Se llama Ignacio, como papá. Por favor, no le contéis nunca lo miserables que fueron sus padres.*

—¡Si se sentía tan miserable por qué lo hizo!

—Porque lo decidió tu padre. Ellos se amaban por aberrante que suene. Lo de tu madre aquella noche fue un querer y no poder. Y que quede claro que no lo justifico. No justifico nada.

—¿Y las cartas?

—¡Ah! Bueno. Tu madre les escribía a tus abuelos contándoles lo que iba sucediendo. Que tenían una casa, vuestros nacimientos, les pedía perdón una y otra vez. Pero, como ves, nunca las leyeron, todas fueron devueltas. Cuando ni siquiera reaccionaron al conocer la muerte de Regina, tu madre se dio por vencida. Ya está —suspiró—. Tu madre sufría cada día, se avergonzaba de

ella, por eso se castigaba impidiéndose a sí misma disfrutar de vosotros, de la vida. Creo que intentó ganarse el castigo de que la odiaseis. Fabián tenía otra capacidad para encajar los hechos. La desgracia de tu madre fue enamorarse de su hermano y ser correspondida. Toda esa dureza y distancia de tu madre era su forma de fustigarse, delante de vuestro padre lo hacía para demostrarle que estaba a la altura del camino que habían elegido.

Evarista calló un instante con agotamiento en los labios.

>>Serafina quiso morir la noche que nacieron los gemelos. No permitía que la asistiese. Tuve que reanimarla en dos ocasiones hasta que detuve la hemorragia. Pasó el peligro y la dejé descansar. Vosotros llamasteis a mi puerta sobre las once de la mañana, asustados porque no había nadie en casa. Era sábado. Vuestro padre aún no había regresado. Yo tenía que protegeros. Os dije que vuestra madre se había sentido indispuesta y vuestro padre la había llevado al ambulatorio del pueblo de al lado. Insistí en que os fuerais a casa, que no pasaba nada, en un rato estarían allí.

—¿Cómo iba a disimular mi madre que acababa de parir?

—Pues lo hizo. Le presté un vestido y unos zapatos. Cuando volví vuestro padre sobre la una y media del mediodía, la llevamos a casa. Como yo os había dicho que estaba enferma, supongo que justificasteis su mala cara y que se acostase nada más llegar. Me quedé al cuidado de vosotros y de ella hasta que anocheció.

—Mi madre... Tanto decirme que no me desviase del camino.

—Pues por eso mismo. No te deseaba la infelicidad en la que ella se sumió, créeme. A mí me decía lo que jamás se atrevió a confesarle a tu padre. Había amor, pero era una relación de dependencia. Nunca se perdonó a sí misma por el disgusto que les dio a tus abuelos. Después de aquella terrible noche, al ver de lo que fue capaz tu padre, algo se rompió dentro de tu madre respecto al amor y la admiración que sentía hacia él, pero, a su modo de ver, ella ya no tenía salvación y tampoco la buscó. Asumió su condena.

—Vas a conseguir que me dé lástima.

—Es digna de ella, te lo aseguro, Olaya. No obró bien. Con vosotros ni con nadie, exceptuando a tu padre. Fue una infeliz. Ahora Dios la juzgará como tenga que hacerlo.

—¿Dios? Dios estará mirando al limonero, donde enterraron a mi hermano muerto igual que si fuera un gato. ¡No puedo ni pensarlo! ¡No puedo! ¡Me

muero de angustia!

—¡Tranquila, Olaya, tranquila! —Evarista se levantó para acariciarme la cabeza— Ya pasó. Tú no tienes nada que ver. Eres buena persona, buena madre, eso es lo que cuenta. Cada uno elige cómo quiere vivir dentro de sus posibilidades. Tú lo has hecho bien.

Esas palabras me tranquilizaron. Ahora solo deseaba que Valen llegase de una vez para que me abrazase y poder contárselo todo.

Valen encontró la casa vacía, así que se dirigió a la de Evarista. Cuando le abrió la puerta no pudo evitar las lágrimas. No le veía desde que salió del pueblo con dieciocho años. Valen le dio un abrazo de esos que exprimen. Yo contemplaba la escena desde dentro, sentada alrededor de la mesa. Mi hermano me encontró destrozada. Se alarmó. Mis ojeras no tenían fondo y los ojos hinchados evidenciaban que me había hartado de llorar. Me levanté y me puse a sollozar de nuevo sobre su hombro.

—¿Qué pasa, Olaya? Esto no puede ser solo por el entierro, ocurre algo más.

—Ven. Siéntate aquí, con nosotras. He de contarte demasiado, Valen. Evarista ha sido testigo de todo —le cogí de la mano.

Y se lo conté. Él escuchó la historia de un tirón, sin interrumpir en ningún momento. Cuando terminé parecía un fantasma pálido al que le había crecido la barba de golpe. Entonces me confesó, con un hilo de voz, que no había querido volver a acercarse al limonero desde la noche en que escuchó ruidos en el huerto, se levantó y vio que nuestro padre ocultaba algo entre los brazos envuelto en una sábana manchada de sangre. Estuvo cavando y allí lo enterró. Valen no sabía que había bajo esa tierra, pero desde aquella noche pisar ahí le daba escalofríos. Por eso renegó del limonero. A partir de entonces no volvió a fiarse de nuestro padre.

Le impresionó toda la historia, su cara se deshacía en gestos de repulsión, pero cuando llegué a la parte de que existía un hermano nuestro en algún lugar del mundo, estalló.

—¡Malditos! —dio un puñetazo en la mesa— ¡Hasta eso nos negaron! ¡Conocer a nuestro hermano!

Los tres acabamos llorando sobre el mantel de flores. Resultaba increíble que nuestros padres, incluso después de muertos, nos siguieran haciendo tanto daño. No les preocupó en absoluto el legado que iban a dejarnos.

Tratamos de tranquilizarnos. Aunque ninguno tenía hambre, tomamos algo para recuperar energía e intentar normalizar un poco la situación. La velada fue corta. Estábamos rotos y sin ganas de hablar. Valen y yo partíamos para Madrid al día siguiente, muy temprano, en mi coche. Cuando cantaron los gallos, ya estábamos los tres en la puerta. Nos despedimos de Evarista. Ojalá

no hubiera tenido que dejarla sola con todo tan reciente. La besé mil veces en la frente y le prometí que volvería pronto y me la llevaría conmigo. Ahora me tocaba a mí cuidar de ella.

Después, Valen y yo fuimos a la casa, al huerto, a darle un beso a la corteza del limonero. Durante un tiempo representó nuestro castillo, luego se convirtió en la tumba de nuestro hermano. Lloramos, sentimos rabia y pena, asco y pena, impotencia y pena. Esa casa nunca fue un hogar, estaba cimentada de oscuro silencio, ausencia de cariño, llena de tragedia. Luego fui directa a la habitación donde tuvo lugar el velatorio de mi madre. Lo hice por el retrato. Quería verlo de nuevo antes de marchar. Un impulso inopinado me llevó a descolgarlo. La fotografía era una farsa. Y encima no estaba completa. Aquello no representaba a una familia de verdad, solo a un grupo de personas de la misma sangre que un día se pusieron ante el mismo objetivo del mismo fotógrafo. Ninguno sonreía, excepto Regina. Rompí el cristal. Le pedí el mechero a Valen y prendí fuego al retrato. Ahí comenzó todo. Al mirarnos, mi hermano y yo nos comprendimos. Incendiamos las cortinas, las colchas, cogimos troncos del huerto, los llevamos a la cocina y los encendimos sobre la maldita mesa donde nos habíamos convertido en seres invisibles, mudos, pedazos de carne que había que alimentar hasta que cumplieran la edad suficiente para deshacerse de ellos.

Antes de que fuese demasiado tarde, Valen y yo salimos tosiendo de la gran hoguera. En la calle, de espaldas al fuego, oía los gritos de la casa, notaba cómo ardían sus entresijos y se retorcían sus mentiras. Allí fuera sentí más calor del que jamás me habían ofrecido dentro.

Valen y yo nos alejamos despacio agarrados de la mano, sin volver la vista atrás. Mirábamos al frente. Sabíamos su nombre y de dónde provenía. Teníamos un hermano que encontrar.

Table of Contents

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)
- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)
- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)
- [23](#)
- [24](#)
- [25](#)
- [26](#)
- [27](#)
- [28](#)
- [29](#)
- [30](#)
- [31](#)
- [32](#)
- [33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)